



LA
ILUSTRACION.

DIRECTOR Y PROPIETARIO
DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

TOMO VI
ADORNADO CON 500 GRABADOS.

1854.

MADRID.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

—
MDCCLIV.



MURCH



LA
ILUSTRACION.

DIRECTOR Y PROPIETARIO
DON ANGELO FERRAZ DE LOS RIOS.

TOMO VI

ADORNADO CON 500 GRABADOS

1854

MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION,
A CARGO DE ALFONSO JACOMETTE, 28.

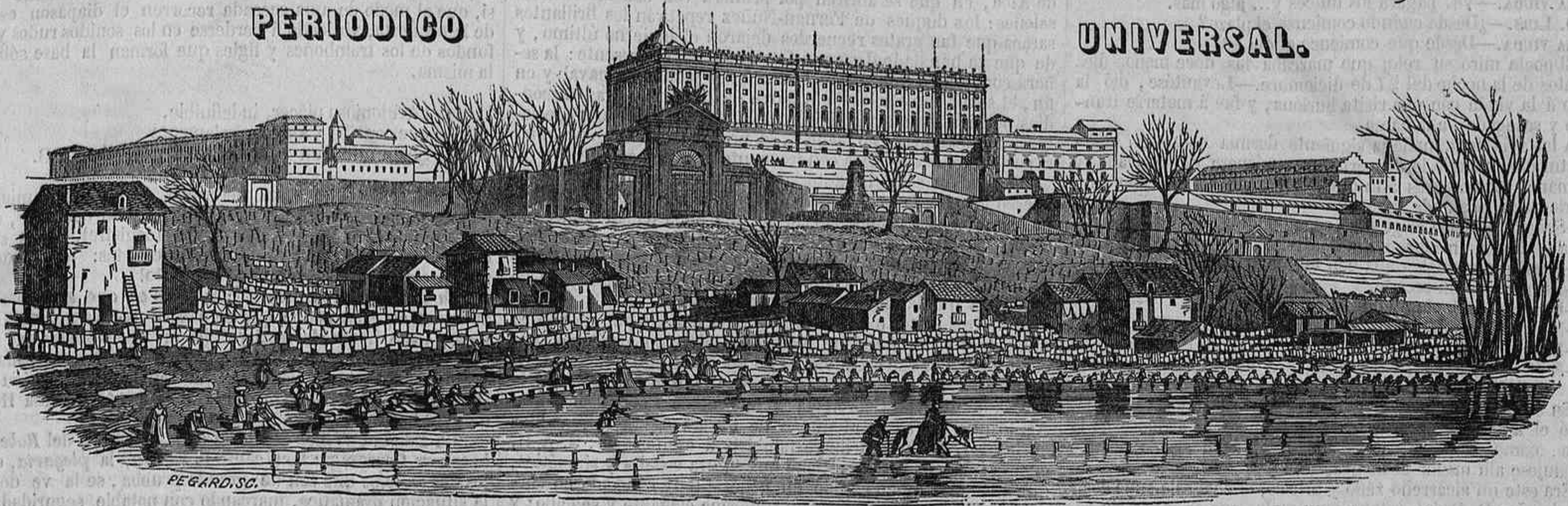
INDICE.



LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 8 rs.

NUM. 254.—SÁBADO 7 DE ENERO DE 1854.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE MADRID.

Dos objetos han llamado casi exclusivamente la atención de la buena sociedad madrileña durante la anterior semana: las bromas del día de los Inocentes, y el baile de los marqueses de Gaviria. Referiremos algunas de aquellas, antes de hablar, aunque un poco tarde, de este.

Las inocentadas son de las pocas cosas que se conservan tradicionales en España á despecho del tiempo y sus vicisitudes. Cada año se aumenta el número de las víctimas, y cada vez el ingenio humano apura mas sus invenciones para multiplicarlas.—En 1853 ha sido un verdadero vértigo, un frenesí el que se ha apoderado de los habitantes de la coronada villa. Los padres han querido engañar á los hijos; los hijos á los padres; los maridos á sus mujeres; las mujeres—cosa menos rara—á sus maridos; los ministros á sus oficiales; los oficiales

á los ministros; los amos á los criados; y estos—según costumbre—á aquellos. Así, los que han visto pasar incólumes el 28 de diciembre del año último, pueden llamarse los favoritos de la fortuna.

Si fuésemos á narrar todos los lances, mas ó menos chistosos, mas ó menos ligeros, que han llegado á nuestra noticia, necesitaríamos ocupar todas las columnas de *La Ilustración*, y quizás, quizás aun no fueran bastante.—Elegiremos dos de aquellos que merecen la preferencia por su originalidad y por la travesura que revelan.

Hay en Madrid un caballero aragonés, que aspira á enlazar con sus timbres nobiliarios los laureles de la musa poética, la cual se muestra con él asaz ingrata. Tanto como esta por lo menos lo es cierta hermosa viuda, joven, alegre y espiritual, según suelen decir los traductores de folletines franceses. El poeta es pobre; pero aguarda ser rico en breve, gracias á la muerte de un tío anciano y enfermizo, el cual vive encerrado

en un lugar de la Alcarria, de que es señor casi feudal. Los que conocen á la desdeñosa viuda pretenden que lo será menos el día en que su adorador la ofrezca con una corona de marquesa una renta de doce mil duros. Entre tanto se divierte en mortificar al aragonés, que como todos los tontos, tiene la pretension de ser muy listo y avisado.

—¿Qué apostamos,—decía la viuda al pretendido vate, la víspera de los Inocentes, sentados los dos al amor de un magnífico fuego,—qué apostamos, señor don Luis, á que le engañe á Vd. mañana?

—Señora, repuso don Luis, estirándose en su butaca con esa satisfacción de sí mismo que distingue á los fátuos; señora, tengo 27 años, y nadie me ha engañado todavía.

LA VIUDA.—Eso significa que yo seré la primera... y me atrevo á decir que no la única.

D. LUIS.—¿Qué apostamos?

LA VIUDA.—No quiero arruinarle á Vd.—Veinte libras de



La última noche del año (alegoría).

bridad de cumplir la sociedad filarmónica de los Países-Bajos veinticinco años de existencia. El personal, que procedente de Francia, Alemania é Inglaterra, tomará parte en los coros y en la orquesta, subirá, incluyendo también los artistas del propio país, de setecientos á ochocientos notabilidades del arte musical, y en el local que se está construyendo al efecto tendrán cabida unas cinco mil personas.

—Llama sobre manera la atención del mundo filarmónico en general la inesperada dimisión y retirada que de su destino de director general ha hecho el célebre R. Schumann, habiendo sido nombrado en su lugar Julio Tausch.

REVISTA UNIVERSAL.

—El gobierno inglés está decidido á hacer un nuevo ensayo para abrir el comercio del guano, convencido de la grande importancia de este negocio.

—Un inglés, que se firma *Menos que nadie*, ha remitido la considerable cantidad de 5,000 libras esterlinas (unos 500,000 reales vellón) al fondo de propagacion del Evangelio en la China.

—Halis Effendi, un poeta turco, ha compuesto hace poco un himno nacional, á imitacion de la Marsellesa, cuya composicion se ha hecho ya muy popular en Constantinopla.

—El comodoro Perry, de la expedicion americana al Japon, ha logrado obtener una entrevista con los dos príncipes reinantes de aquel imperio, habiendo sido muy bien recibido de estos.

—Los habitantes de Huahine, la segunda en importancia de las islas de la Sociedad, abolieron, gracias á la introduccion del cristianismo, su horrible sociedad de Accori, segun la cual, los afiliados en ella mataban á sus hijos.

—El lord corregidor de Londres ha dispuesto que, en atencion á que el día de Natividad cae en un domingo, se guarde el día siguiente como un día de fiesta general por las casas de comercio y por las otras personas dedicadas al comercio.

—Se anuncia con bastantes visos de certeza la formacion de un campamento de 20,000 hombres en el Sud de Francia, esperando las tropas destinadas para ello ser embarcadas para el Oriente. La armada que se halla en activo servicio consta de 161 buques armados, con una tripulacion de 34,000 hombres, y puede aumentarse en corto tiempo por medio de una reserva considerable.

—El gobierno austriaco ha expedido á los diferentes estados alemanes una invitacion para un congreso monetario que ha de celebrarse en Viena, y á estas fechas deben haber principiado ya las actuaciones en el particular. La introduccion de la unidad monetaria en toda la Alemania seria un nuevo paso importante en el dominio de los intereses materiales de aquel país.

—Ha sido descubierto el plan de librar á Barbés y Albert de la prision de Belle-Isle-en-Mer; varios soldados, partidarios de los presos, han sido arrestados.

—Un número de jefes ingleses, provisto de instrucciones de lord Clarendon y del embajador turco, se ha dado á la vela para Constantinopla; sin embargo, con esto no está dicho que van á ser empleados en servicio de la Puerta.

—Mucho ruido ha metido la devolucion de los desertores rusos pertenecientes á la fragata *Aurora*; pero puesto que en ninguna marina es tan grande la desercion como en la inglesa, y que casi toda la tripulacion de los navíos americanos consta de marineros ingleses, trató este gobierno de evitar este daño por medio de convenios de estradiccion con otros estados, como recientemente lo ha verificado con Nápoles y Cerdeña, siendo natural que no podrá librarse de la reciprocidad.

—Se adquiere una espantosa y horripilante ojeada en la historia de la moralidad de la Inglaterra á consecuencia de un número de casos últimamente denunciados á la autoridad, en que los padres inscriben á sus hijos en los seguros de entierros y después asesinan á estas pobres criaturas, con el afán de obtener el premio. El gran jurado de Liverpool, que conceptua aun mucho mas numerosos los casos no descubiertos, ha solicitado en su consecuencia la abolicion de los seguros de entierros.

—El hijo del emperador de Haiti, que se halla actualmente en Londres, pasará pronto á Viena, donde le esperan para permanecer allí un año y completar su educacion. Esta es por consiguiente la primera alteza negra que ha venido á ver la ciudad imperial.

—El emperador Francisco José ha mandado restaurar completamente el grandioso y antiguo templo de Júpiter en Spalato, el cual constituye una inapreciable belleza de esta ciudad.

—En el curso del mes de noviembre último han llegado á Nueva-York 28,269 emigrados alemanes.

—El furor iconoclasta de los insurgentes chinos llega á tales términos, que han destruido hasta la torre de porcelana en Nanking, este monumento buddhistuo, y que de este modo han privado al mundo de una maravilla de celebridad antiquísima.

—Dícese que en los meses de marzo á diciembre de 1848 las pérdidas sufridas por la casa de Rothschild ascendieron á la cantidad de 5,000,000 libras esterlinas, á consecuencia de la repentina baja de todos los fondos de Europa. Esta ha sido la primera pérdida considerable que ha experimentado esta casa, pero la que de ningún modo afecta su crédito, y es mas que probable que de entonces acá otras especulaciones mas felices la hayan habilitado para cubrir una parte de estas pérdidas.

—Ha sido definitivamente resuelta la reconstruccion del Hotel Dieu (París) en el otro lado de la Cité y enfrente de Nuestra Señora. El nuevo edificio contendrá 600 camas, y los gastos han sido presupuestados en 15 millones de francos, de los cuales 10 millones están destinados á la compra de los terrenos necesarios.

—En la fábrica de peces (pues así se llama un establecimiento en Hunningen, en las inmediaciones del Rhin, creado para producir peces por un método artificial), existen actualmente 200,000 huevos de salmón del Rhin y de las grandes truchas de los lagos suizos, correspondientemente fecundizados aquellos; y en el colegio de Francia (París) hay también 100,000 de los dichos huevos, é igualmente fecundizados. Estos últimos están destinados á ser distribuidos entre los departamentos, en los cuales se han votado algunas cantidades con aplicacion á este método artificial de procreacion.

—La puerta otomana ha autorizado la organizacion de una legion polaca al mando del general Wysocki. Dicha legion se compondrá de emigrados y desertores del ejército ruso, ascendiendo estos ya al número de 2,000, y operará en las márgenes del Danubio.

El rey de Prusia ha mandado comprar para el gabinete de historia natural en Berlin la preciosa coleccion de fósiles y minerales, como también la numerosa biblioteca, compuesta principalmente de obras de ciencias naturales, pertenecientes ambas al difunto y eminente geólogo alemán, Luis de Buch.

—Se ha encontrado una cantidad de papeles muy interesantes relativos al pintor Rubens y su padre Juan Rubens. Resulta en su vista que no fué Colonia, sino Siegen, en el ducado de Nassau, el pueblo natal de Pedro Rubens.

—Sir Godofredo Kneller tuvo la suerte singular de juntar los retratos de 10 soberanos. Se dice que por motivo de preferir la pintura de retratos, manifestó que *los pintores históricos dan vida á la muerte y no empiezan á vivir ellos mismos sino después de muertos. Yo pinto á los vivos y estos me dan con que vivir.*

—Hay un proverbio turco que dice: *Besa á tu enemigo la mano, mientras que no estés en el caso de cortársela.*

—Si la poblacion de Inglaterra continúa aumentando en la misma proporcion que en los últimos 50 años, entonces se duplicará cada 52 años y medio.

—El número total de los diferentes idiomas que se hablan en todo el mundo asciende á 3,064. De estos en Europa 587, en Asia 396, en Africa 276 y en América 1,264.

—El edificio de la última gran exposicion de Londres contenia cerca de 800,000 piés cuadrados: el nuevo palacio de cristal que se va á construir contendrá sobre una cuarta parte mas, es decir unos 100,000 piés cuadrados.

—En Cowbridge (pueblo de Inglaterra) hay un hombre llamado Jellico, que no ha salido de su cuarto en mas de 30 años. Se le ha engordado el vientre (á causa de un ataque de obesidad) en tales términos, que no puede pasar por la puerta sin ensancharla, en lo cual no quiere consentir.

—El baron Humboldt se proclama á sí mismo primer introductor del guano como abono de las tierras. Espone sus ventajas, publica un análisis del mismo, é insta hace 40 años en vano para que se introduzca en toda su estension.

—Acaba de descubrirse en América un sustituto de la patata, que consiste en una planta liliácea, llamada fritillaria, y comunmente conocida bajo el nombre de corona imperial, que contiene en sus bulbos á lo menos tantas partes nutritivas como la patata. La fécula de la fritillaria es blanca, y sirve de una excelente manutencion tanto para los hombres como para los animales. La planta se cultiva con facilidad, y su harina puede adquirirse á menos coste que la de la patata. Ha sido traída á Francia para tortas y otros objetos, y hallada excelente.

—El inmenso órgano del palacio de cristal de Inglaterra, del cual hemos hablado ya, tendrá con respecto al tamaño un rival en una estatua gigantesca. Cuando la muchedumbre se reuna alrededor del pié colosal de Sesostris, que colocado en la nave del palacio tendrá mas de 60 pies de altura, aun la misma tesura de sus contornos nos presentará unos rasgos muy significativos que constituyen la parte característica predominante de esta estatua. Las leyes invariables del sacerdocio sujetaban, segun se cuenta, el génio del escultor y le hacian colocar estas manos sobre las rodillas del modo presente y poner los piés en tales líneas paralelas. Las pequeñas figuras esculpidas en ambos lados y entre las piernas de este coloso, han sido colocadas con el fin de hacer resaltar á la vista del espectador aun mas las proporciones colosales de la figura principal, á lo menos así lo suponemos. *Me he puesto de pié sobre la una de una de estas figuras*, decia José Bonomi. El molde de este coloso de Ipsambul, que se está preparando para el palacio de cristal, será levantado de mampostería, dejando en la superficie un espacio de algunas pulgadas, que se cubrirá de pasta en la cual se trabajará. Observando esta estatua como todo hombre racional debe observarla, presentará un rasgo instructivo en el palacio del pueblo. En el interior de la estatua se construirá una escalera, de suerte que los visitantes podrán desde el punto culminante del palacio echar una ojeada al siglo XIX al través de las cavidades de los ojos de Sesostris.

—El célebre cuadro San Gerónimo, de Correggio, que se halla actualmente en el palacio del duque de Parma, fué mandado hacer por una señora llamada Briseide. Pagó por él 47 sequines, unos 2,300 reales, además de la manutencion por los seis meses que el pintor trabajó en él, añadiendo después dos carros de leña de chimenea para que el pobre pintor pudiese calentarse en el invierno, algunas fanegas de trigo y un cerdo cebado.

—El señor Parratt ha inventado una balsa tubular para los casos de naufragio, que ha sido ensayada en el estanque llamado el *Serpentine* en Hyde-Park de Londres. Se compone de unos tubos de goma elástica *volcanizados*, envueltos en una cubierta de cáñamo y redes, arreglados y atados sobre unos palos cruzados formando, estendidos que esten, una excelente invencion, no solo para flotar sobre el agua, sino tambien para ser dirigida como un bote, y capaz de ser conducida salva y sana por medio de una resaca ó del mar tempestuoso.

—Entre las últimas invenciones anunciadas, hay una muy curiosa, hecha por un americano de Filadelfia llamado R. Kerrison. Consiste en un reloj, diferente de todos los demás confeccionados hasta la fecha, por no hacer en su movimiento el menor ruido ni la menor alteracion, y promete por esta última circunstancia ser de la mayor utilidad en la ciencia astronómica. Con este reloj ha logrado el señor Kerrison vencer una dificultad que ha sido el estudio de los mecánicos científicos casi durante dos siglos, pues lo intentó Huelgens ya en 1668.

—Acaban de hacerse con el éxito mas completo unos ensayos con la máquina de Talbot para abrir tuneles, y ha sido demostrado que las montañas de piedras primitivas y las mas duras rocas de la tierra pueden abrirse con gran facilidad y baratura, empleando el vapor en esta nueva invencion. En el ensayo mas reciente hizo la máquina, movida por otra de vapor, una escavacion de 17 piés en diámetro al través de una roca sumamente dura, abriendo unos tres piés en dos horas. El procedimiento consiste en el corte y taladro de la piedra por medio del movimiento de rotacion de unos discos de acero, colocados en séries sucesivas, y que en su movimiento describen unos segmentos de círculo desde el centro á la circunferencia del

túnel con un movimiento gradual alrededor del centro comun, mientras que la máquina de vapor empuja constantemente á la otra máquina en línea recta hacia el eje del túnel. La particularidad mas nueva y extraordinaria de la aplicacion de esta fuerza consiste en la combinacion de diferentes capas de discos que operan por medio de un sistema de graduacion perfectamente regular y con una fuerza irresistible sobre toda la superficie que ha de escavarse. Esta máquina, que obra de un modo tan satisfactorio, pesa unas 75 toneladas, esceptuando la máquina de vapor y la caldera.

—He aquí la descripcion de la nueva invencion submarina americana. Esta máquina tiene una construccion particular, no siendo en realidad otra cosa que un nautilo mecánico con el poder del ascenso y descenso á voluntad de cada uno y enteramente independiente de la suspension. En contacto con la máquina se halla en la superficie del agua un receptáculo de aire condensado; que en proporcion á la profundidad del agua puede contener de 20 á 120 libras de presion de aire por cada pulgada cuadrada. Dicha condensacion está producida por una bomba de tal fuerza que puede arojar 4000 piés cúbicos de aire por hora. En virtud de un arreglo interior de concavidades, etc., puede darse una fluctuacion variable á la máquina, que faculta á esta para elevar pesos de diez y mas toneladas. Puede tenerse suspensa en cualquier punto de ascenso ó descenso, facilitando de este modo levantar piedras desde el fondo del agua y trasportarlas y depositarlas en cualquier punto dado. Se la da movimiento en cualquiera direccion que se quiere, por medio de tres cables y áncoras que obran desde la parte interior. Todo el fondo de un rio puede explorarse desde una orilla á la otra. Tesoros, conchas de perlas, corales, etc., como todos los productos submarinos, pueden fácilmente sacarse y espedirse á la superficie sin necesidad de subir al mismo tiempo la máquina. Otro aparato aplicado á la máquina permite cavar fosos bajo el agua, por medio de los cuales pueden colocarse alambres telegráficos y conductos de agua fuera del alcance de las áncoras. Puede igualmente echarse los cimientos para muelles sin necesidad de las gruas para levantar y bajar las piedras, pues esta máquina sustituye completamente el empleo de la grua. Se puede aplicar tambien esta máquina para sacar el fondo del mar los buques sumergidos; en una palabra, el poder del aire condensado, aplicado como fuerza motriz, es el que hace todo el trabajo, pues solamente se necesitan dos hombres en el agua y uno en la superficie de la misma, para emplear y hacer operar á la máquina.

—Actualmente se halla espuesto al público en San Francisco (California) un enorme árbol, cuyo dueño ha circulado invitaciones á todas las escuelas públicas para que estas lo visiten. Puede formarse una idea de su tamaño, si decimos que 127 párvulos con sus maestros y varios otros visitantes caben de una vez en el hueco de su gigantesco tronco, dejando además lugar para un piano, sillas, etc.

—La emperatriz Josefina (primera esposa de Napoleon I) era muy afecta á los perfumes y sobre todo al almizcle. Su cuarto de vestir en Malmaison estaba lleno de ellos, á pesar de las frecuentes manifestaciones de disgusto que indicaba Napoleon. Cuarenta años han pasado desde la muerte de la emperatriz, y los actuales dueños de Malmaison han mandado blanquear y pintar repetidas veces las paredes de dicho aposento, sin que el estregar, el agua fuerte, ni la pintura, hayan podido quitar el olor del almizcle de la buena emperatriz, que continúa lo mismo que si el bote que contenia estos perfumes se hubiera abierto el día anterior.

—Un periódico de Boston (Estados-Unidos) dice que los primeros caballos introducidos en la parte del territorio que actualmente abarcan los Estados-Unidos, fueron desembarcados en la Florida, cerca de Cabeza de Vaca, en el año de 1527, en número de 42, que todos perecieron ó fueron matados. La segunda importacion tuvo lugar tambien en la Florida cerca de Soto en 1539. En 1608 introdujeron los franceses los caballos en el Canadá. En 1609 desembarcaron los ingleses en Tames Towa, en la Virginia, llevando varios caballos consigo. En el año de 1629 importó Francis Higginson caballos y otros animales domésticos en la colonia de Massachusetts Bay. En 1625 la compañía holandesa introdujo caballos en Nueva-York. En 1730 entraron los franceses de Illinois en posesion de un considerable número de caballos.

REVISTA MILITAR.

Segun noticias de Méjico recibidas poco hace, disponia el general Sata Ana de un ejército de 50,000 hombres y en un estado tan brillante como jamás se habia visto en aquel país. Santa Ana prosigue en su política de arbitrariedad, que raya ya en despotismo, mandando fusilar personas por meras sospechas. Se cree que su tiranía conducirá á una nueva revolucion.

—Llama extraordinariamente la atencion en Roma el ver los muchos militares franceses que van trocando su uniforme por el hábito de alguna orden religiosa. El general Montreal, que en este momento manda las tropas francesas en aquella capital, ha elevado una queja competente al gobierno pontificio, invitándole al propio tiempo para que se pase á los conventos y monasterios una orden, á fin de que se retraigan un tanto en recibir demasiado propicios á los aspirantes; mas los superiores de estos establecimientos se manifestaron abiertamente contrarios á la enunciada disposicion, escudándose con privilegios que les aseguran la admision de novicios sin intervencion alguna de la autoridad.

OBRAS PUBLICAS.

En lo mas elevado del Montmartre se está construyendo una columna de 50 metros de altura, para en su parte superior colocar un aparato eléctrico que ilumine toda la parte Sud de Montmartre y de París, hasta el Boulevard de los italianos.

—Parece que se va á erigir en Hyde-Park, local en que se hallaba la exposicion universal de industria de Londres, una estatua en loor del príncipe Alberto, quien como es sabido fué el principal móvil para que tuviera lugar dicha exposicion. El lord mayor ó corregidor de Londres se ha colocado al frente de la empresa, y ha invitado á las autoridades de las principales ciudades de provincia para que le ayuden á llevar á cabo esta obra de público reconocimiento y ornato.

SOBRE LA MÚSICA ANTIGUA Y MODERNA.

¿Qué comparacion razonable podrá jamás hacerse entre objetos que no se conocen? Convencido estoy de la faustosa y real magnificencia de la música hebrea: no me es permitido dudar de la eficacia de la griega: mas no por esto sabría formarme una idea justa de sus diversos sistemas. Sé yo tambien que la música es una y la misma en toda la naturaleza; esto es, «una armonía deleitable, producida por las proporciones de los sonidos mas graves y mas agudos y de los tiempos mas veloces y mas lentos.» ¿pero quién es capaz de dar el hilo de Ariadna, para no perderse entre estas proporciones? Dependen estas principalmente de la justa division de la serie sucesiva de los tonos; y esta division es cabalmente la que á mi ver ha sido siempre y es imperfecta ahora mismo. No es dable hacer una diversa suposicion, cuando se ve que los grandes maestros en el arte disputan sobre si las cromas de que debe constar el intervalo de un tono al otro, deben ser cinco ó siete. Uno llama disonancia á la cuarta, cuando otro la llama consonancia perfecta. ¿Y quién me dirá si los antiguos han sido mas felices que nosotros en la exactitud de esta division, no menos sujeta á errores que la del calendario? ¿Quién puede decir de qué medios se han valido para disimular, como hacemos nosotros, los inconvenientes? Después de leida en Plutarco toda la fastidiosa enumeracion de los inventores de cada novedad musical; después de aprendidas en él y en los maestros griegos ilustrados por el erudito

Meiponio el ipate, el nete, el diapason, la diateson, la diapente, los tetracordios, los géneros diatónico, cromático y enarmónico, los modos dórico, frigio y lidio, y todo el antiguo vocabulario músico; después de haber leído todo esto, ¿quedaré yo mas instruido en la materia? ¿Sabré yo formar entonces una definicion clara de todas estas voces, capaces de asustar á los chicos? Y en tanta oscuridad, ¿cómo pueden hacerse comparaciones? Es muy posible, y aun fácil, que lo que á mí se me presenta oscuro como la noche, sea claro como la luz á otros mas perspicaces, y mas conocedores sobre todo, de este difícil arte; pero no debe creerse por esto que tengan ellos los conocimientos necesarios para hacer bien un fundamentado parangon entre la música antigua y la moderna. La música es el asunto de un sentido, y los sentidos, ya sea por las propias alteraciones físicas, ó ya por las que causan en ellas los diversos hábitos y costumbres, cambian de gusto, no solo de siglo á siglo, sino de estacion á estacion. Una comedia preparada segun las reglas de Apicio, removeria hoy el estómago menos delicado: y el tan celebrado *Bacchi cura Falernus ager*, solo produce á juicio de los paladares modernos un vino de galeotes. El café, peor que el veneno segun algunos poetas antiguos, es hoy para muchos una bebida deliciosa: arietas que encantaban á nuestros abuelos, son para nosotros nenas cansadas é insoportables. Ahora bien: ¿cual será pues la perfeccion de la música, cuando ella está sujeta á las decisiones del gusto, tan diverso por sí mismo á cada momento? ¿Dónde pues está la regla segura para averiguar cuándo el gusto juzga rectamente, ó cuándo delira? Mas el lector dirá que este escepticismo no corresponde al epigrafe de este artículo; y que cuando él duda, el saber que yo dudo tambien no es lo que le importa. Además, el citado epigrafe supone que á pesar de lo dicho, yo me he formado alguna idea acerca de la música antigua y la moderna. Y así es en verdad: basta el mas frivolo fundamento para que nuestra fantasia, siempre activa y en movimiento, forme luego mil imágenes á su capricho. Con solo que yo oiga nombrar al Cairo ó á Pekin, se me ofrecen al instante á la imaginacion esas vastas ciudades que nunca ví.

Paréceme pues que la música de los antiguos fuese mas sencilla, pero mucho mas eficaz que la moderna; y que á su vez sea la moderna mas artificiosa y admirable que la antigua. Cuando veo que Platon en su república quiere que la música sea el primero y universal estudio de cada uno, como fundamento necesario de toda ciencia y de toda virtud; cuando leo que en Grecia, no solo todos los poetas, sino tambien todos los filósofos, los conductores de ejércitos, y los mismos reguladores de las repúblicas eran excelentes músicos, echo de ver que la música de entouces debía exigir mucho menor estudio, y ser por

consiguiente mas sencilla que la nuestra, en la que para llegar á ser un artista mediocre es preciso emplear la mitad de la vida. Para probar que la nuestra es mas artificiosa que la antigua, baste entre otras mil razones considerar solo el contrapunto moderno, en virtud del cual pueden cantarse á la par hasta veinticuatro cantilenas, que producen una armonía desconocida á los antiguos. Que así fuese, sería largo explicarlo aquí, é imposible el desenvolver en un artículo periodístico las razones científicas é históricas, porque carecían de ella. Pues aquella concordia de diversas voces, notada en algunos pasajes de autores antiguos, que sirven de fundamento á la opinion contraria y á sus proclamadores, debía reducirse á cantar al mismo tiempo unos á la cuarta, otros á la quinta, otros á la octava, pero la misma mismísima cantilena. Si tal invencion se hubiese conocido por los griegos, ¿quién podría persuadirse que no hubiesen dejado alguna idea de ella los autores de la antigüedad que han llegado hasta nosotros? Añádase á esto que todas las maneras antiguas é imperfectas de escribir la música, de las que tenemos noticia, hacian imposible la compuestísima operacion de nuestro contrapunto. Ese poder espresar, como hacemos nosotros, en una sola línea compuesta de cinco rayas todas las alteraciones de los sonidos y de los tiempos; el poder poner una cantilena tras otra y descubrir así de una ojeada todas sus alternativas relaciones, era cosa indispensable, me parece, para que pudiese nacer el contrapunto. Sabido es además que este modo de escribir la música no cuenta mayor antigüedad que la del undécimo siglo.

El haber sido mas eficaz la música antigua respecto á la

necesario, bajo rigorosas penas, que enteramente abandonen del todo los aplaudidos adornos del canto comun, y que se acostumbren, cuanto sea posible, á solo afirmar y sostener la voz. El famoso *Miserere* del célebre Palestina, que tanto me arrebató de placer y me conmovió, cantado por esos cantores en Roma, casi me ha fastidiado despues cantado por músicos ordinarios de otras partes, segun el comun estilo.

Alguna vez he pensado que nuestro canto eclesiástico pudiese darnos una idea del antiguo, considerando que á fines del siglo VI ó principios del VII reguló san Gregorio la música de nuestra liturgia, cabalmente cuando todavia estaban abiertos los teatros públicos; pareciéndome natural que cualquier música compuesta en aquel tiempo debiese resentirse del estilo que en ellos reinaba entonces; pero además de que el estilo de los teatros debió, como en todo lo demás, haberse corrompido, ¿quién podía presentárnoslo hoy con la ejecucion?

No quisiera verme tachado de contradiccion en estas sencillas conjeturas sobre la música; en las que si acaso faltó á la razon ó á la claridad, creo á lo menos no haber violado los cánones de la dialéctica. Supuesta la enorme variedad de gustos, he caracterizado á la música antigua con una sencillez constante, comparada con la nuestra, sin distinguir los diversos tiempos que pueden comprenderse bajo el nombre de antigüedad. Confieso, en primer lugar, no haber creído nunca que la variedad de gustos se oponga á la constancia en la sencillez, pudiendo muy bien andar variando aquellos, sin cambio alguno en esta. Si no he diferenciado los diversos tiempos de la antigüedad, es porque he creído en todos ellos la misma sencillez.

Yo establezco por fundamento, como supuesto incontrastable, que el teatro sea el árbitro de la suerte de la música. El pueblo la escucha en el teatro, é imitador por naturaleza, la conserva en la memoria, y repite aquello que mas le conmueve, en los festines, en las calles, y hasta los templos se hallan al fin ocupados con ella. Esta es una verdad experimentada diariamente por nosotros, y los antiguos ni la ignoraron, ni callaron. Ovidio en el libro tercero de los Fastos, describiendo los alegres pasatiempos con que se entretenía el numeroso pueblo romano en los prados de la otra parte del Tiber, durante las fiestas de Anna Perena, dice:

*Illic et cantant quidquid didicere theatris,
Et jactant faciles ad sua verba manus.*

Ahora bien, el teatro, en toda la antigüedad dramática que se conoce, principiando desde los primeros tablados de Esquilo, ó de los carros de Tespis, coetáneo de Solon, y desde Livio Andrónico entre los romanos, el teatro ha sido siempre un lugar al aire libre, capaz de recibir á todo un pueblo como espectador, hasta la moderna invencion de nuestras angostas, techadas y limitadísimas salas, que honramos en el día con el nombre de teatros. Estas salas son las favorecidas, y hecho posible el compuestísimo sistema de la nueva música, tan diferente de la antigua. El arte de los séculos que deben formarse en el aire que conmovemos con regularidad, debe diferenciarse, cuando la mole que queremos poner en movimiento es mayor y mas grave, ó mas circunspeta y ligera. El que canta al aire libre á un pueblo entero, ha menester, para que le oigan, de lanzar su voz con el mayor esfuerzo posible; y este esfuerzo es del todo incompatible con la portentosa subdivision actual de los tiempos en el canto, capaz solo de ejecutarse á media voz y en un sitio recogido. Ahora bien, cuando el canto se compone de tanto menor número de partes, es tambien sumamente menor el número de las combinaciones que de él resultan, y por una consecuencia necesaria es mucho mas sencillo.

El argumento ó indicio, si se quiere, de esta antigua sencillez, deducido de la universalidad de la ciencia musical en tiempo de Platon, no pierde nada de su fuerza con el contrapuesto de los que hoy por mero deporte la poseen. No se crea que estos son muchos, porque muchos hablan de ella. Una pequeña parte de teórica basta para hablar con acuerdo de un arte; mas el llegar á ser artista es un don privativo de la no interrumpida y larga práctica, maestra de todo, sin escluir la misma virtud. Que la práctica de la música moderna sea infinita, está bien manifestado. Menester son millares de actos repetidos, y la dosis abundantísima de una heroica paciencia, para acostumbrar el pecho, los labios, el oído y los dedos á coadyuvar unidamente con oficios tan diversos á la



Wallenstein y Seni.—Cuadro original de Julio Schrader, espuesto en la última esposicion de pinturas de Beriin.

moderna, me parece que debe haber dimanado de la institucion opuesta directamente, de los cantores antiguos y modernos. El teatro es el trono de la música. Allí desplega toda la pompa de su fuerza encantadora, y de ahí se propaga entre el pueblo un gusto dominante por ella. Los teatros antiguos eran plazas vastísimas: los nuestros son limitadas salas. Para hacerse oír en aquellos por los innumerables espectadores que los ocupaban, era preciso aquella *vox trogoideorum* que deseaba Ciceron para su orador; y para alcanzar esa voz, convenia que las personas destinadas á usarla en teatros tan inmensos, comenzasen desde la mas tierna edad á formarla grande, firme, clara y vigorosa, con un ejercicio bien diverso del presente. Nuestros cantores, por el contrario, costándoles menor esfuerzo el hacerse oír, han abandonado esa especie de escuela tan laboriosa, y en vez de fatigarse en hacer sus voces firmes, robustas y sonoras, estudian para hacerlas ligeras y doblables. Con este nuevo método han llegado á esa portentosa velocidad de garganta que tanto nos sorprende, y arranca los estrepitosos aplausos de los espectadores; pero una voz disminuida, y por consiguiente debilitada en los arpeggios y trinos, puede muy bien causar el placer que nace de la maravilla, y al que debe preceder un silogismo; pero no aquel que inmediatamente se origina de la impresion física y vigorosa de una voz clara, firme y robusta que sacude y deleita con fuerza igual los órganos de nuestro oído, é impele los efectos hasta lo mas íntimo y vivo del alma. Yo he podido, y cada uno podrá muy bien, si quiere, deducir de una pequeña prueba cuán enorme sea esta diferencia. Los cantores de la capilla pontificia, aunque instruidos tambien en la escuela moderna, cuando se les admite de niños en aquel coro, les es

frecuente division de instantes casi imperceptibles. Este penoso, eterno ejercicio, ocupa generalmente un espacio tan grande de nuestra breve vida, que no deja el tiempo necesario para las demas indispensables ocupaciones de ella; y si alguno llega á vencer tamaña dificultad, debe contarse entre aquellos raros portentos que son objeto de admiracion, pero no fundamento de reglas.

El lector y suscriptor de este periódico deben perdonar que me haya hecho tan locuaz la repugnancia pueril de aparecer á su presencia un lógico despreciable. Este, en verdad, no era un motivo suficiente; pues si se hallan *antinomias* entre los legisladores, no sería al cabo un delito digno de ocultarse por vergüenza, si se hallase una contradiccion en un periodista.

JOSÉ SCHUBRI.

¿Qué es al cabo robar? Restablecer el equilibrio de las fortunas: ser instrumento de Dios; luego es ser hombre de bien.
SCHILLER.—*Los Bandidos.*

Cuando Schiller, á la edad de diez y ocho años, hizo representar su drama *Los Bandidos* en el teatro de Manheim, muy lejos estaba de figurarse que apareciera un día en Ale-

leza; y sin embargo, deja ya atrás nuestro héroe á todos los jefes de bandidos pasados y presentes.

Como quiera, á Alemania tocaba restituírnos un tipo de verdadero bandido, de malhechor en grande. Habíanse olvidado ya esos famosos hombres de vida airada; y si fama tenía aun *la selva negra*, era mas bien por la escelencia de su *kirschenwaser* que por las cuadrillas *non sanctas* que cobijára. La sociedad moderna que tanto se deleita en las historias de valerosos bandoleros, veía con sentimiento morir en su alma y su memoria la imágen que sirviera de pasto á sus pláticas, cuando de repente, cual luminosa estrella, apareció Schubri en la cima de los montes *Kraparks*.

Incrédulos hay que niegan la existencia de Schubri, por lo mismo que son maravillosos sus hechos. Pero un ser fantástico ¿podría acaso fijar la atencion por tan largo tiempo de la *Gaceta de Augsburgo*, del *Mercurio de Suavia*, de la *Gaceta oficial de Prusia etc. etc.*? Verdad es que estos periódicos han dado á veces noticias de Schubri asaz contradictorias; que lo han asesinado, ahorcado, resucitado, y después quemado vivo; pero solo Dios sabe á punto fijo lo que pasa en las cuevas de las montañas *Krapacks*, porque Schubri es en ellas un ser esencialmente misterioso, mientras que los papeles públicos lo han hecho morir mil veces, como al gigante de la fabula que recibió de los dioses tres almas para un solo cuerpo.

José Schubri nació en 1803 en Funkircheu, pueblo de

los misterios que nos celan ciertas regiones ocultas; ni recurrió tampoco á la alquimia, ni menos hizo pacto con el diablo, porque jóven y hermoso como era, ninguna necesidad tenía de estos recursos para enamorar á otras Margaritas.—Una série de sofismas le dieron á conocer que la ciencia era una palabra vana, ni podía hacer feliz al hombre; que la sonrisa de una mujer valía cien veces mas que todos los triunfos académicos; que el humo del vino debía preferirse al del incienso, y en fin, que fuera de beber, enamorar, jugar y batirse, nada había en la tierra que mereciese de buena fé tener apego á la vida.

Una vez sentada esta teoría, se entregó á su práctica con aquel ardor de ejecucion que en grado supremo le caracterizaba. Ya no se hablaba de otra cosa en Gætta que de sus desafíos, de sus orgías y aventuras amorosas. Consternó tan brusca apostasía á todos sus catadráticos, y hasta uno de ellos cayó gravemente enfermo, porque ballando una noche á Schubri, orgullo y esperanza suya, que salía bamboleándose de una taberna con tres ó cuatro *schuayphans* de su laya, le reconvinó paternalmente, y su discípulo, su Benjamin, le respondió mofándose, tratándole de vieja momia, y de tiñoso pelucon.

Hízose pues Schubri héroe de los calaveras, así como había sido modelo de la juventud estudiosa. Imponía tanto por su fibra y audacia á sus compañeros, que todos le respetaban y temían. Ninguno como el ex-jurisconsulto manejaba efec-



Escena de la toma de Magdeburgo.—Cuadro de E. Streckfusz, presentado en la esposicion de Bellas Artes en Berlin.

manía un hombre que realizara el tipo ideal de Carlos Moor; que fuera como este, ladrón, moralista, erudito, poeta y músico, elegante bandolero lleno de nobleza, galantería y generosidad, y que, en una palabra, se asemejase menos á un bandido que al fundador de una nueva secta filosófica y de igualdad, cuyos adeptos, á guisa de predicadores armados, se abandonasen en cuerpo y alma á probar con sus vidas el axioma que por epígrafe hemos tomado.

Así se nos presenta el gran José Schubri, cuyos altos hechos, proclamados por toda la prensa alemana, han adquirido celebridad europea. Callen pues esos *rateros* vulgares que obedeciendo solo á su brutal instinto, ni siquiera conocen el sentido moral que en sí encierra el acto de despojar á otro de lo que llama *suyo*; idea rancia y fantasmagórica, que solo ya alcanza á asustar á los inocentes de buena fé.

Para hallar otro bandido que compararse pudiera con Schubri, fuerza sería remontarnos al famoso Robin Hood, el cual florecía en Inglaterra en tiempos de Guillermo el Conquistador, si hemos de dar crédito á Walter Scott, que en su novela *Ivanhoe*, nos lo pinta ornado de brillantes laureles cogidos en su arriesgada carrera. Empero, si cabe duda en la existencia de aquel Robin Hood, no sucede lo mismo con respecto á Schubri, contemporáneo nuestro, hijo del siglo, y sin que una larga serie de años, ni las exageraciones de la tradicion hayan tenido lugar todavía de disfigurar sus hazañas. Conocémosle tal como nos lo han pintado las gacetas alemanas, poco poéticas por natura-

Hungría, situado á orillas del Sava y el Danubio. Su padre, rico fabricante de curtidos, lo envió, muy jóven aun, á la universidad de Gætta, con la esperanza de que andando el tiempo llegara á ser consejero áulico cuando menos. Ningun jóven fué en un principio tan aplicado, ni manifestó mas aficion al saber. Dotado de inteligencia vivaz y penetradora, no tardó mucho en hacerse el águila de la universidad, y en poco tiempo se familiarizó con las ciencias exactas y naturales, lo mismo que con la mayor parte de las lenguas vivas y muertas. Estudió á fondo todos los sistemas filosóficos, de los cuales sacó sin duda la triste conclusion de que la verdadera filosofia consiste en romper la valla de las leyes divinas y humanas, y en despreciar la opinion pública. Y ¡qué cosa tan singular! el mismo hombre que tanto holló despues el derecho de propiedad, empezó por ser en Gætta un erudito jurisconsulto. No pretendemos sacar induccion satírica ninguna de este contraste, sino señalar un hecho sencillamente.

Lo cierto es, que sus catadráticos lo habian cobrado cariño, y se estasiaban al ver á su favorito discípulo tan recogido y meditador.

Preguntóse sin embargo á sí mismo un día, como el viejo Tauste de Gætta, á qué le había de servir tanta ciencia. Hasta entonces estudiaba sin soñar siquiera en qué había de emplear los tesoros que acumulaba en su cerebro, y una sola ojeada á la vida positiva engendró de repente una duda en su espíritu. No es que pensase como el viejo doctor, en sondear

tivamente cualquier arma con tanta gracia y desenvoltura, ni cortaba con mas destreza una oreja á su contrario. En los garitos en que junto con otros estudiantes pasaba la noche jugando, bebiendo y fumando, era siempre el último que se caía debajo de la mesa; y como la ciencia no había ahogado en él la imaginacion y el buen gusto, componía letra y música para canciones que al instante se hacían populares, y no desdeñaban compararlas á las melodías de Schubert. Con respecto á mujeres, menester sería la paciencia de un Leporello para enumerar las que en mal hora fascinó el *D. Juan Húngaro* con sus rasgados ojos, su talle esbelto, rubio cabello y voz suave y cariñosa. Lo cierto es que Schubri asustaba á muchos consejeros áulicos y privados, y que al mismo burgo-maestre lo tenía en brasas; hasta se asegura que llevó la ingratitude hasta el estremo de codiciar la mujer de su maestro de filosofia, la cual no tuvo valor para despreciar tan comun ultraje.

En medio de esta alegre vida, sucedió una catástrofe que no era fácil prever. Existía en el castillo de Gætta una magnífica galeria numismática que escitaba la admiracion de todos los extranjeros. Las medallas que entraban en aquella coleccion eran de gran valor, no solo por su rareza, sino tambien porque estaban acuñadas en precioso metal. Bueno es advertir que el padre de Schubri, cansado de saber que sus *riadales* y *thalers* se iban en vino del Rhin y francachelas, mandó á su hijo que se volviese á Funkircheu, y no obede-

Siendo Schubri, había decidido no enviarle un cuarto. Poco le importó á Schubri en un principio, porque contraía deudas y pedía prestado, hasta que no hallando quien le fiase, se le echaron encima sus acreedores como perros de presa, sin dejarle á sol ni á sombra.

Paseábase una tarde con algunos compañeros cerca del gabinete de numismática, hablando del rigor del destino y de la inhumanidad de los padres, cuando un rayo de luz, un instinto para él desconocido hasta entonces, se desarrolló de una vez, y bruscamente declaró á sus amigos que si querían seguirle en su arriesgada empresa, iba á hacerlos á todos ricos. «¿Cómo?»—Escuchad: ahí dentro hay mas oro y plata que necesitamos para vivir alegremente hasta el fin de nuestros días. ¿No es un escándalo que á nadie aproveche ese tesoro, y que se esté ahí parado, mientras se mueren de hambre tantos hombres de bien? Yo lo arreglaré. Esta noche entraremos, fundiremos el oro y plata, y marcharemos á venderlo á Bremen ó á Hamburgo. ¿Qué podrán decir de nosotros en todo caso? Nos criticarán tal vez acaso esos habiecas que con la boca abierta miran y nada entienden; que se complacen en admirar la efigie de los doce Césares y la del emperador Federico Barbaroja, y por vida del diablo que mas que todo eso vale una botella de vino de Tokai, ó una sola pipada de tabaco. Admitióse la proposición por unanimidad.

Fueron pues armados y de noche al gabinete de numismática, que no tenía mas guardia que un portero. Su intento era sorprenderle; pero vendiéndolos la claridad de la luna, echóse á gritar el guardia, y alarmó á un cuerpo de guardia que estaba cerca del edificio. Huyeron entonces los estudiantes cada uno por su lado. Schubri se escapó hacia el rio Leina; pero acosado muy de cerca por cuatro soldados, y no viendo otro medio de salvación, estenuado casi se arrojó á las amarillas y espumosas oleadas del torrente.

Detuviéronse atónitos los soldados, quienes contaban ya por segura su presa. «Hombre al agua!» dijo uno de ellos, y se volvieron creyéndole ahogado.

Después de luchar á brazo partido contra la fuerza del torrente, pudo llegar Schubri á la opuesta orilla, donde se arrojó en el suelo, sin aliento ya para resistir. Levantóse al cabo de una hora, como pudo, y echó á andar con dirección á una luz que brillaba á corta distancia: hallóse por fin en el castillo de Friedenstein, hermoso monumento gótico de aquel país, y se deslizó furtivamente en un establo de la quinta, con el objeto de pasar el resto de la noche. Salió de su garita antes que despertaran los criados, tomando el camino de Erfurth.

Ningun temor podía tener en este pueblo de que le descubrieran; pero le acosaba el hambre, y no tenía dinero con que calmarla. Afortunadamente conservaba aun una sortija de oro macizo, con un precioso brillante, regalo de una rica señora de Gatta, á quien había jurado guardarla como recuerdo suyo hasta el postrer suspiro, y lleno de júbilo corrió inmediatamente á un joyero judío á quien se la vendió en diez thalers.

Con ellos pasó á Hamburgo, y de allí en un buque se fué á Suecia, con el objeto de reunirse con algunos condiscípulos suyos que á la sazón se hallaban en el Gimnasio de la universidad de Upsal.

Escribió entonces á su padre, alegándole que había salido repentinamente de Gatta á causa de su salud, y que en Suecia estaba decidido á estudiar con mas ahinco que nunca. Creyóse su padre, y le volvió á señalar sus alimentos.

Habíase trazado en efecto el mejor plan de reforma; pero las pasiones tenían ya demasiado imperio en su alma para que alcanzase á combatir su influencia. Algunos de sus compañeros en la intención del gabinete de numismática buscaron también asilo en la universidad de Upsal, y poco tardaron por consiguiente en entregarse á sus primeros desórdenes. Contrajo pues nuevas deudas, y se halló otra vez envuelto en los mas terribles apuros.

Acababa de cenar una noche en la *Aguila negra*, inmenso figon alumbrado por una sola lámpara suspendida en la bóveda, que solo servia para hacer mas visible la oscuridad que allí reinaba, cuando asaltado por las mas negras ideas, y resuelto ya á echarse á los pies de su padre, le tocaron á la espalda. Alzóse bruscamente, y vió con sorpresa que era Wilhelm-Karphen, compinche también de su expedición contra el gabinete de las medallas.

—¿Tú por aquí? Cierito que te hacia ya por lo menos alma del otro mundo.

—Por milagro no lo soy, respondió Karphen; porque aquellos malditos sajones me llevaron á las cárceles de Gatta, de donde hubiera salido probablemente para el patíbulo, á no tener la suerte de interesar á favor mio á la hija del carcelero. ¡Pobre Federica! Dios se lo premie. A fuerza de súplicas y de jurarla eterno amor, obtuve de aquella inesperta palomilla que de debajo de la cabecera de la cama de su padre quitase las llaves de mi prision, y me safé, no sin llorar á lágrima viva al separarme de aquel mi ángel tutelar. Libre ya, y teniendo al mundo por mio, me hallé con una compañía de cómicos de la legua. Bien sabes tú que siempre tuve gusto y disposición para las tablas. Faltábales un papel: ofrecime; y viendo ellos mi nobleza y arrogante apostura, y sobre todo la dignidad con que llevaba mis harapos, ajustáronme para ayudar á vestir á los actores y á encender las luces. Pero cansado de vejetar en tan humilde estera, conseguí en Ratisbona salir con el papel de Spiegelberg, de los *Bandidos* de Schiller, y gusté tanto que hasta me echó coronas el público. Animado con tan buen éxito, me despedí de la compañía, y voy ahora á juntarme con otra de alemanes que ha estado en esta ciudad y salió días atrás.

—Ah! ¿Conque has hecho el papel de Spiegelberg? Doyte la enhorabuena, porque no hay profesión mejor que la de cómico. Un buen actor vive en una sola noche mas que otro hombre cualquiera en seis meses. ¡Voto á brios! ¡Ojalá pudiera yo serlo!

—¿Y por qué no? ¿Sabes que harías bien el Carlos Moor?

—¿De veras?

—Te lo digo con formalidad. Mira: si quieres daremos algunas funciones en Upsal. Justamente viene conmigo una actriz que me sigue en mis aventuras, y hace divinamente el papel de Amelia. ¿Pero y de dónde demonios sacaremos los actores que nos faltan?

Entraban tumultuosamente á la sazón Miltfey, Zacarias, Pfister, Henrique Zaum (el que miserablemente guillotinaron en Colonia hace poco tiempo), y otros de la panda de Schubri.

—¡Toma! dijo este, ahí los tienes. ¡Hola amigos! os presento

al mejor trágico de Alemania, el cual tiene la bondad de querer partir con nosotros sus laureles dramáticos. ¿Que tal? Por mí, estoy decidido á ser cómico. Seguidme en mi nueva carrera: no hay vida mejor en el mundo, ni de mas agradables sensaciones. En tres dias podremos aprender los papeles de los *Bandidos*, ese sublime drama que tantas veces nos ha conmovido.

—No es mala la idea, respondió Miltfey; pero ¿no te acuerdas de las silbas y chicheos con que fueron acogidos los cómicos que se marcharon el otro dia?

—Porque eran unos miserables histriones, replicó Schubri, incapaces de comprender y expresar los sentimientos del gran Schiller. Por otro lado, nuestras cualidades de estudiantes escitarán la curiosidad del público. No hay que dudarle; saldremos airosos de la empresa.

—Tiene razon, dijo Zaum. Y al cabo es preciso vivir, y nosotros no tenemos casa ni hogar.

—Talia y Melpómene nos ofrecen asilo.

—Bravo! gritaron los demás. Un brindis pues á nuestra próxima felicidad.

Y á la luz del ponche se repartieron los papeles.

Pocos dias despues salió en un anuncio que una sociedad de estudiantes tendria el honor de representar, bajo la dirección del célebre autor Wilhelm Karphen, el magnifico é incomparable drama *Los Bandidos*, de Schiller. La Suecia está tan cerca de Alemania, que casi todos hablan la lengua de este país. Los nombres de Schubri, Miltfey y demás, harto conocidos en Upsal, llamaron inmenso gentío al teatro. Los actores, jóvenes llenos de inteligencia y de imaginación, suplieron con su número la falta de práctica; y como además no eran cortos de genio, hicieron *Los Bandidos* con el mayor desahogo y á las mil maravillas. Karphen, en el papel de Spiegelberg, hizo un traslado sublime de infamia, de blasfemia y maldad. En el de Francisco Moor, copió Miltfey con la mas odiosa verdad á un hipócrita, mal hermano y peor hijo. Pero Schubri sobre todo trabajó admirablemente, y desplegó tanta nobleza, tanto abandono y pasión en el papel lleno de contrastes de Carlos Moor, que hacia sucesivamente llorar y estremeecer á los espectadores. Terminó el drama unánimemente aplaudido.

Reuniéronse los actores después de la función en bullicioso banquete, y bebieron á pasto Tokai y Johannisberg en celebridad de su triunfo. Pagados gastos, cinco mil florines hicieron de entrada.

—Amigos, dijo Zaum, vaya un brindis á nuestro héroe, á nuestro salvador, al ilustre, al gran Schubri. Ayer no sabíamos á qué santo encomendarnos, y hoy somos ya ricos. ¿Y á quien lo debemos, sino á la fecundidad de su ingenio?

—¡Bravo! viva Schubri! gritaron todos.

—De hoy mas, continuó Zaum, llevaremos una vida llena de gloria y sembrada de placeres, y rodando por encima del dinero. ¿Cuán feliz es la vida del cómico! Descansa de dia en blanda holganza; de noche, sensaciones de fuego, miradas del público, aplausos que embriagan y despedazan de placer; y tras de eso, espléndidos festines, bulliciosas orgías, mujeres rebosando juventud y belleza!!!

—Entusiasmo de borrachera, interrumpió Karphen: bien se ve que no conoces al público caprichoso y exigente: hoy aplaude lo que tal vez silbará mañana. Y en lugar de esa alegre vida que acabas de pintarnos, ¡cuántas veces, rechazado un cómico por los espectadores, ve en toda su desnudez una realidad prosáica, y tiene el infeliz que luchar con el hambre y la miseria!!!

—Pues bien, dijo Schubri, en este caso renuncio al teatro, porque acabo de tener una sublime inspiración. Oidme, amigos: ya hemos bebido todos en la copa del placer, y locura fuera intentar alejarla en adelante de nuestros labios. ¿Quién de vosotros pudiera ya resolverse á vestir el arnés que llaman los *fliteos* vida arreglada? Solo un partido nos resta; romper con la sociedad. Harto sabéis todos que después de haber visto representar á *Los Bandidos* en Manheim, dejaron los gimnasios y universidades muchos jóvenes, para llevar en las selvas una vida independiente cual nos la pinta Schiller. Imitémosles pues. *Bandidos* éramos no há mucho en las tablas; seámoslo en realidad. Los montes Krapaks nos fian seguro asilo: establezcamos en ellos nuestro dominio. Allí seremos verdaderos reyes: allí grandes y chicos nos pagarán tributo. Y como decia en el drama esta noche Spiegelberg: desembarazar á los desdichados ricos de un tercio de sus inquietudes; hacer circular el dinero que obstruido lo tienen en impuros canales; restablecer una balanza igual en las fortunas: resucitar el siglo de oro; aliviar á la tierra de importunas cargas; evitar que el dios de las venganzas envíe guerras, pestes, hambre y médicos; todo esto, ¿no es ser hombre de bien? ¿No es ser el brazo derecho de la providencia?

—Hablas como un oráculo, respondió Karphen: estoy pronto á seguirte.

—Y yo, dijo Zaum. Por vida de Satanás! que me han hechizado tus razones.

—Cual nuevo Orfeo, adormeciste mi conciencia, dijo Zacarias.

—Si omnes consentiunt ego non dissentio, dijo Pfister.

—¡Viva! exclamaron los demás. Schubri es un héroe, y hará buen capitán.

—Otro trago pues, y mañana á marchar.

Algunos meses después era ya célebre el nombre de Schubri en Alemania, y tenía á sus órdenes quinientos hombres perfectamente organizados. En su cuadrilla se veian jóvenes byrons de errada vocación, desertores de todos países, libertinos llenos de deudas, catedráticos y dependientes del comercio, despedidos de su gimnasio ó de sus almacenes, la mayor parte, en fin, gente de buena educación y de un trato regular.

Supónese que los principales señores húngaros hayan protegido las depredaciones de Schubri, á fin que respetase sus propiedades; pero es falso. Jamás derogó Schubri su máxima favorita: restablecer el equilibrio de las fortunas. Siempre protegió á los pobres, y á los ricos les hizo guerra sin cuartel. Dos hechos lo prueban.

Paseábase cierto dia, y halló á un bandido de los suyos que queria quitar un burro á un pobre traginero. Escramábase el infeliz porque no tenia otro recurso para alimentar á su familia, y por respuesta le apaleó el bandido. Enfadado Schubri le tiró un pistoletazo, y volvió el asno y hasta algunas monedas al arriero. Dicen que es la sola muerte que ha hecho en su vida.

Acosado otro dia por los dragones imperiales, pudo salvarse de la refriega, y entrando en la fonda de un pueblo en que se hallaban reunidos varios señores húngaros, se sentó á la mesa

entre ellos. Hablóse durante la comida de Schubri, y decian que con la vida acababa de pagar sus crímenes, y llegar hasta dar detalles circunstanciados de su muerte. Representaban á Schubri como á un hombre atroz, como un monstruo bajo todos aspectos. Refiase el desconocido, y en conversacion general desplegaba sus conocimientos con tan donairoso gracia, que llamó la atención de todos. Después de comer mandó ensillar el caballo, y al despedirse dijo: «Señores, Schubri no ha muerto, porque acaban Vds. de comer con él.» Y dirigiéndose al marqués de... y al conde... «No tardaremos en vernos.» Y montando á caballo con maravillosa ligereza, apretó las espuelas, y en un momento se le perdió de vista. Cumplió su palabra al conde y al marqués; ocho dias despues penetró en sus castillos, exigió 600 ducados á cada uno de ellos, y les quitó sus vajillas de plata, repitiéndoles á cada paso: «¿No dije á ustedes que no tardaríamos en vernos?»

Imposible nos fuera seguir hasta el fin la carrera del moderno Robin Hood; contando su misterioso poder en Hungría, la intrepidez con que se batió mil veces con enemigos superiores en número; su presencia de espíritu en el campo de batalla, y sobre todo el ascendiente con que contuvo y disciplinó á tantos criminales ahogando su sanguinario instinto. Lástima es que Schubri no emplease sus extraordinarios conocimientos y valor en beneficio de la humanidad!

Se ignora cuándo tuvo lugar su muerte, porque si bien las gacetas alemanas anunciaron que, viendo caer á su lado á Miltfey, Kaspfan, Pfister y otros compañeros en una encarnizada refriega que tuvo con los granaderos imperiales, se habia levantado la tapa de los sesos de un pistoletazo, desmintió posteriormente semejante noticia el diario de Francfort, diciendo que el mismo Schubri habia esparcido la nueva de su muerte para librarse mejor de las pesquisas de la policía.

CORREOS Y TELÉGRAFOS.

Desde principios de octubre próximo pasado hay un tren apresurado en el camino de hierro de Berlin á Viena, haciéndose el tránsito en 21 horas.

—A contar desde noviembre de 1853, circulan trenes diarios en la gran línea férrea, que une el mar del Norte con el lago de Constanza, este pequeño mar de Alemania.

—En los ferro-carriles prusianos no se permite ya la circulación de wagones de cuarta clase; pero en su defecto se ha dispuesto que para las distancias cortas se exija solo una sola vez el valor de los billetes de ida y vuelta en los asientos de tercera clase, con lo cual resulta un grande beneficio á las clases menos acomodadas.

INVENTOS.

Se ha inventado un nuevo procedimiento para que simultáneamente se verifique el devanamiento de los capullos de seda y la filatura de esta. En lugar de obtener primeramente seda en rama, resulta incontinenti desde los capullos mismos la trama y seda torcida. Si las principales ventajas de este procedimiento se confirman, resultará: ganancia de tiempo, un hilo mas igual, y que no resulte ya tanta estopa é hilaza con la cual se podía vaticinar á la manufactura de la seda un fomento y perfección extraordinaria.

—El procedimiento de encobrar galvánicamente la superficie de los tipos de impresion, va tomando en Londres bajo la dirección de los señores Orchard, Willis y compañía, una boga extraordinaria, y sobre todo recomendable por la economía que resulta en letras, y por la duracion mayor que ofrecen los impresos. Hay ya diez periódicos en Londres cuya impresion se verifica con tales tipos, entre otros el *London Journal*, cuyo editor propietario atestigua que de una sola vez hizo con una lámina ó caja hasta 15 millones de ejemplares, habiendo los caracteres conservado siempre su primera belleza y fuerza. Otros impresores aseguran que resulta una grande facilidad en el trabajo, y que no se consume tanta tinta. Segun el tamaño de los tipos, sube el coste de encobrarlos de uno á dos reales y medio por libra, y una lámina estereotipada de 16 páginas en octavo viene á costar unos cuatro duros y medio.

LITERATURA.

Los escritos póstumos de Francisco Arago van á ser revividos por una comision nombrada al efecto, para en seguida darles publicidad. Hay entre ellos un tratado de astronomía popular; noticias copiosísimas sobre inventos y descubrimientos en el campo de las ciencias y artes; luego un cúmulo de memorias y apuntes del mayor interés procedentes de las sesiones de la Academia; finalmente, una historia ó reseña muy picante de sus años de juventud, salpicada de hechos notables, anécdotas é interesantes manifestaciones relativas á su carrera científica y política.

ESTADÍSTICA.

Segun datos estadísticos oficiales, hay en el día en Prusia, 10,339,994 protestantes, 6,332 católicos, 1,483 cristianos griegos, 14,780 menonitas y 226,868 judíos. Solo en la provincia de Wistfalia, Posen, y la que comprende el territorio del Rhin, viven mas católicos que protestantes.

—Entre 10,000 habitantes de la monarquía austriaca se cuentan 7,039 católicos latinos y armenios, 377 protestantes calvinistas, 343 luteranos y 14 unitarios, 193 judíos é individuos de otras pequeñas sectas. Viene á corresponder de consiguiente una quinta parte escasa de la población total del imperio austriaco, que no profesa la religion católica.

RELIGION.

El nuevo ministro de Gracia y Justicia de Cerdeña, señor Ratazzi, tropieza en su conducta para con el clero en los mismos obstáculos que su antecesor. Se propone rebajar á todos los curas párrocos, cuya prebenda esceda á la suma de mil francos, la gratificación que por cuenta del estado han percibido hasta ahora, y que en virtud del concordato de 1828 les ha sido con-

signada. Fácil es de concebir que todos aquellos á quienes les toca esta medida, se oponen extraordinariamente. No menos tenaz oposicion hallará suproyecto de una progresiva reduccion de los 44 arzobispados y obispados sardos al número siete.

—El profesor de historia de la universidad de Friburgo en Brisgam, señor Gföerer, célebre literato, que hace poco pasó de protestantismo al gremio de la iglesia católica, se retracta en una manifestacion pública de cuanto pueden contener sus escritos contra las doctrinas de la religion, que acaba de abrazar.

—El arzobispo de Friburgo ha destituido á cinco deanes por no haberle estos sostenido en su contienda con el gobierno de la nacion. Parece que este prelado va recibiendo manifestaciones de íntima simpatía de casi todos los países católicos de Europa, brindándosele al propio tiempo con recursos, para lo cual han tenido lugar ya colectas de consideracion.

TEATROS.

Jorge Sand ha refundido su novela *Mauprat* en un drama que promete extraordinario éxito.

—La célebre Rachel, contratada en San Petersburgo para cierto número de representaciones, y condiciones sumamente ventajosas, se ha estrenado con *Phaedra*, pero sin asistencia del emperador ni de su corte, lo cual llamó estrordinariamente la atencion del público.

—La ópera italiana de París ha inaugurado sus funciones con *La Cenerentola*, habiendo en ella logrado la Alboni triunfos extraordinarios; tambien Gardoni y Rosi fueron muy aplaudidos; pero no así Tamburini, quien haria mucho mejor en retirarse ya de aquella escena, que por tanto tiempo fué para él un campo de gloria.

—Ha sido ejecutado en Gray con extraordinario éxito el *Hamlet* de Shakespeare, vertido al idioma bohemio por un aventajado poeta del propio país.

—Los teatros de París han inaugurado su temporada de invierno bajo muy buenos auspicios, pues ya en octubre último fueron los ingresos en 287,000 francos mayores que en setiembre, ascendiendo la suma total de lo recaudado en aquellos meses á 1.240,000 francos. Esta circunstancia favorable servirá de extraordinario aliciente para arremeter el grandioso proyecto de construir en la calle de Rivoli un gran teatro nacional.

BELLAS ARTES.

Las obras para la construccion de la columna del congreso, en Bruselas, progresan extraordinariamente. El profusamente adornado pedestal ostenta unas esculturas bellísimas. En el interior de la columna habrá una escalera por la cual podrá subirse á la plataforma de dicha columna.

—Ha llegado ya á París el precioso regalo que hace el rey de Tunez á Napoleon III, que consiste en antiguas estatuas, que por su mérito llaman muchísimo la atencion de los amantes á las bellas artes.

—El pintor Hahn, de Berlin, hizo en su último viaje un hallazgo feliz, á saber: un cuadro original de Carlo Dolce, representando «El amor inocente» en la figura de una niña de peregrina hermosura, con los ojos dirigidos al cielo, y con una corona de azucenas sobre la cabeza; en la mano derecha lleva una cruz de oro, y la izquierda la tiene puesta sobre su pecho.

—En la ciudad de Andelys, en la que nació en 15 de junio de 1594 el célebre pintor francés Nicolás Poussin, de cuyo pincel obran notables producciones en el Real Museo de Madrid, entre ellas, sobre todo, la caza del meleagro, se ha erigido en memoria del aventajado artista una estatua de bronce, que representa á Poussin en tamaño natural.

—El famoso grupo de las Amazonas de Kiss, que tanto llamó la atencion en la Exposicion Universal de industria, fué vendido en 2500 libras esterlinas á la ciudad de Filadelfia.

NECROLOGIA.

Ha muerto en Constantinopla el patriarca del culto griego; suceso tanto mas importante, cuanto que el difunto no perteneció á los partidarios de los rusos, tanto que el príncipe de Montschikoff se mostró siempre hostil contra él.

—A fines de noviembre próximo pasado ha dejado de existir en los baños de Taarguay, en Inglaterra, Sabra Federica Carolina, esposa del príncipe Nicolás Esterhazy, hijo este del príncipe Pablo, y aquella de Jorge Child Villers Carlos de Jersey. La difunta nació en 12 de agosto de 1822, y casada en 1842, fué madre de dos príncipes y dos princesas.

—El célebre comerciante Cooper, el cual empezó su carrera sin bienes algunos de fortuna, y que por su extraordinaria asiduidad, conocimientos y suerte, habia adquirido una inmensa fortuna, y que solo en Australia tenia posesiones de un valor de dos millones de libras esterlinas, ha muerto á mediados de noviembre último en Londres, en una edad de 64 años.

—En 24 de noviembre último falleció en Dessau Juan Cristian Federico Schneider, notabilidad muy celebrada en el mundo filarmónico, hijo que fué de un tejedor de Waltersdorf y organista al propio tiempo de su iglesia parroquial. A la edad de cuatro años tocaba el joven Schneider ya el piano y órgano, y cuando llegó á los doce, no hubo ya casi instrumento alguno que no hubiera poseído. En 1794 empezó su carrera de compositor, y entre sus muchas producciones merecen particular mencion los oratorios, el juicio universal, el diluvio, Pharaon, el paraíso perdido, Jesus en su infancia, Jesus como maestro, etc. Por su bellísimo carácter era tan generalmente apreciado, que todo el mundo de Desau le denominaba el noble, el querido Padre Schneider.

INSTRUCCION.

Pocas serán las grandes poblaciones que cuenten con tantos elementos de instruccion como Berlin. Hay al presente cuatro bibliotecas públicas, ó sean populares, de las cuales puede cualquier persona sacar dos veces á la semana y sin otro requisito que un recibo, los libros que mejor le convengan. La orga-

nizacion de estas bibliotecas, que tuvo lugar en 1842, es debida en gran parte á la sociedad científica, pues en 1848 facilitó esta hasta 4000 duros y mas tarde hasta 2000. Principiaron esas bibliotecas con 6000 volúmenes, y hoy dia cuentan ya con 10000 de todas las materias del saber humano. En 1850 tenian las bibliotecas 851 lectores permanentes; en 1851 ya 1282, y en 1852 subió el número de los mismos á 1482, entre los cuales hubo 47 empleados, 133 profesores de primera educacion, 304 estudiantes de la universidad, 333 comerciantes, 387 artesanos, 25 soldados, 132 mujeres y 51 jornaleros. De la clase de tropa hay tan pocos, porque no hay cuartel alguno que no cuente con una bien surtida biblioteca para aquella clase.

—La matricula oficial de la célebre universidad de Bona, ciudad de Alemania, presenta para el primer semestre de 1853 á 1854 en un todo 888 estudiantes matriculados, dedicándose de estos 213 á la facultad de teología católica, 57 á la protestante; para la carrera de medicina hay 86, para leyes 264, y para filosofía 237 estudiantes. Cuéntase entre el número de estos varias personas reales.

—La Academia Oriental de Viena, creacion de la emperatriz Maria Teresa de Austria, en la cual recibe cierto número de pensionistas y á costa del estado la instruccion en las lenguas orientales y otros idiomas, asimismo en cuantas materias son necesarias para la carrera diplomática, celebra en enero del presente año su fiesta secular con una funcion de iglesia, y reparticion de una medalla que eternice este solemne dia.

NAVEGACION.

Los globos de cristal herméticamente cerrados que han sido hallados en la parte oriental de las costas de la Rusia, y que sus descubridores creen procedentes de la expedicion marítima de John Franklin, de cuyo paradero nada se ha logrado saber á pesar de los extraordinarios esfuerzos que ha desplegado el gobierno inglés, han sido remitidos á Londres por la embajada británica en San Petersburgo. A esta misiva se ha unido una memoria relativa á los motivos que hacen presumir que dichos globos deben proceder de la expedicion de Franklin.

—Cartas recientes de Bombay, el mejor puerto de toda la costa occidental de la India con grandes establecimientos de marina militar y una vasta ciudadela, anuncian que la flotilla norte-americana ha encontrado allí muy buena acogida para que el comercio internacional no empezara hasta la primavera de 1854.

—La marina mercante austriaca contaba á fines de 1852 segun datos oficiales 9549 embarcaciones de todas clases con una cabida de 250,841 toneladas, y una tripulacion de 34,065 hombres. Hay entre aquellas 39 barcos de vapor con 44,327 toneladas.

—Los periódicos norte-americanos participan las siguientes noticias acerca de las reformas últimamente emprendidas por el capitán Ericsson en la maquinaria del buque *Ericsson*, y que envuelven una importancia especial para todos aquellos que se interesan por el nuevo invento y los intereses marítimos.

«Los antiguos cilindros, juntamente sus pistones, hornillos y regeneradores, han sido extraídos del buque. Los cuatro monstruosos cilindros de antes colocados en sentido perpendicular para con la quilla del buque, han sido reemplazados por dos de dimensiones inferiores, tambien en direccion de la quilla, formando con la misma un ángulo de unos 5°. A los costados del cilindro principal, y en sentido longitudinal, hay cuatro cilindros auxiliares en términos que la nueva maquinaria *Ericsson* consta ahora de seis cilindros, á saber: dos cilindros de grande accion y cuatro auxiliares ó alimentadores. Los primeros tienen seis piés de diámetro y ocho de longitud total. Además se aprovecha en la nueva máquina superior el mismo aire que obra con efecto de alta presion, y en esta circunstancia estriba principalmente la diferencia de la antigua. El nuevo regenerador, prescindiendo de que tiene otra forma que el anterior, trabaja como el que hubo antes, y su principio constituye el alma en la máquina de Ericsson, sin el cual habria que contemplarla como un cuerpo muerto.

—El establecimiento de un puerto marítimo militar prusiano en Cuyhaven va despertando en Hamburgo cierta alarma, puesto que la Prusia dirige ahora á la par todo su conato porque dicho estado anséatico ceda, mediante remuneracion pecuniaria, cierta estension territorial con el correspondiente derecho de soberanía. Infírese de esto un peligro inmediato para la independencia de la enunciada ciudad, la cual recibiria un protector en demasia poderoso. En vista de todo no se puede aun considerar tan adelantado este negocio como muchos creen.

INDUSTRIA Y COMERCIO.

Han quedado reducidas en el banco prusiano las existencias de numerario efectivo en muy pocos meses, en ocho millones de florines, y en un año en once millones y medio.

—Por fin se verificó con la casa de Rotschild el nuevo empréstito austriaco de siete millones de libras esterlinas á un cinco por ciento de interés.

—El gobierno prusiano sigue resistiéndose á tomar en consideracion la propuesta que la Francia le hace respecto á un tratado de comercio entre ambas naciones, ni hay esperanza que entre en trato alguno de esta naturaleza, mientras que su vecino del Rhin no manifieste una voluntad mas decidida de modificar su sistema de aranceles rebajando desde luego los derechos que en general son en demasia onerosos. Parece que en Berlin se quiere abstraer enteramente de todos los tratados comerciales, y adoptar un sistema uniforme para con todas las naciones extranjeras.

—El edificio de la grande exposicion de industria en Munich, que tendrá lugar en 1854, ocupará un espacio de 160,000 piés cuadrados, quedando el interior del grande palacio de cristal subdividido en tres naves, de las cuales la del medio, y como principal, tendrá en un todo mayores dimensiones que no los dos cuerpos laterales. El dia 5 de junio próximo venidero han de quedar terminadas todas las obras, para al dia siguiente emprender la colocacion de los objetos de exposicion. Se calcula que se necesitarán emplear unos treinta dias para el emplazamiento del esqueleto ó armazon de hierro, y otros tantos para

la colocacion de los cristales. Las obras de los cimientos que son de mampostería, favorecidas en noviembre último por un tiempo muy benigno, han progresado tan extraordinariamente, que dentro de muy poco se hallarán del todo concluidas.

—El ministro de Comercio de Prusia ha pasado al banco nacional y á los sucursales mismos una circular prohibiendo severamente la espendicion de numerario á todas aquellas personas que tratan de formar depósitos de cereales.

—Continúan recibíendose en Hamburgo remesas cuantiosas de lana procedente de la Australia, la cual es siempre muy buscada por los fabricantes de Alemania para mezclarla con la del país y fabricar ciertas telas, que sin servirse de las dos sería imposible.

ARQUEOLOGIA Y NUMISMATICA.

De Nápoles escriben dando la siguiente reseña acerca de los tres magníficos jarrones descubiertos en las cercanías de la ciudad de Canosa. El uno tiene un bajo relieve que representa el cortejo fúnebre de Patroclo; en el segundo se halla la escena en que la bella matrona Europa se acerca á Toro para montarle, y en el tercero se ve un cuadro de familia. Estos interesantísimos tesoros han sido ya incorporados al Museo de Nápoles.

Además hase encontrado una parte del arsenal del puerto de Herculano, que bajo el dominio de los emperadores romanos Augusto y Tito llegó á ser tan célebre. Entonces bañó el mar las murallas de este puerto, y ahora se halla á media legua inglesa del mismo. Por último, se descubrió una porcion de hermosas habitaciones y cocinas con techumbre abovedada y las paredes laterales bastante bajas. En una de estas cocinas habia todavía un fegon y hornillos con ollas despedazadas, planchas de hierro quebradas y un monton de huesos. Se quiere deducir de esto que los habitantes deben haber estado ocupados con trabajos de este material cuando los angustiosos momentos de la erupcion del Vesubio, que destruyó y sepultó aquella ciudad opulenta.

—El cónsul francés en Shanghai ha remitido al Hotel des Menais de París una coleccion de monedas chinas del año 1700 antes del nacimiento de Jesucristo. Son monedas de cobre, que tienen un agujero en el centro, para poderlas ensartar en un cordón de á diez ó de á ciento segun el sistema decimal que aun hoy dia continúa observándose en la China.

—La armería de Insbruck, capital del Tirol, encerraba en otro tiempo grandes tesoros históricos. Allí se encontraba, entre otros preciosos trofeos, una armadura de Francisco I, rey de Francia, obra del célebre maestro Benvenuto Cellini, platero y cincelador florentino que vivió en el siglo diez y seis. Esta armadura fué extraida con otros muchos objetos de grande valor é interés histórico por el mariscal Ney, y trasportada á Francia. La alegría que produjo aquel rescate en París fué tan grande, que Napoleon quiso eternizarla mandando acuñar una medalla conmemorativa particular. Esta medalla anda en el dia muy escasa: lleva en el anverso el busto de Napoleon con la inscripcion Napoleon Emp. et Roi, y en el reverso la figura de un guerrero esforzado con el lema: Les Autrichiens vaincus. Les drapeaux Français repris. Insbruck le XV Brumaire. An XIV. MDCCCIV.

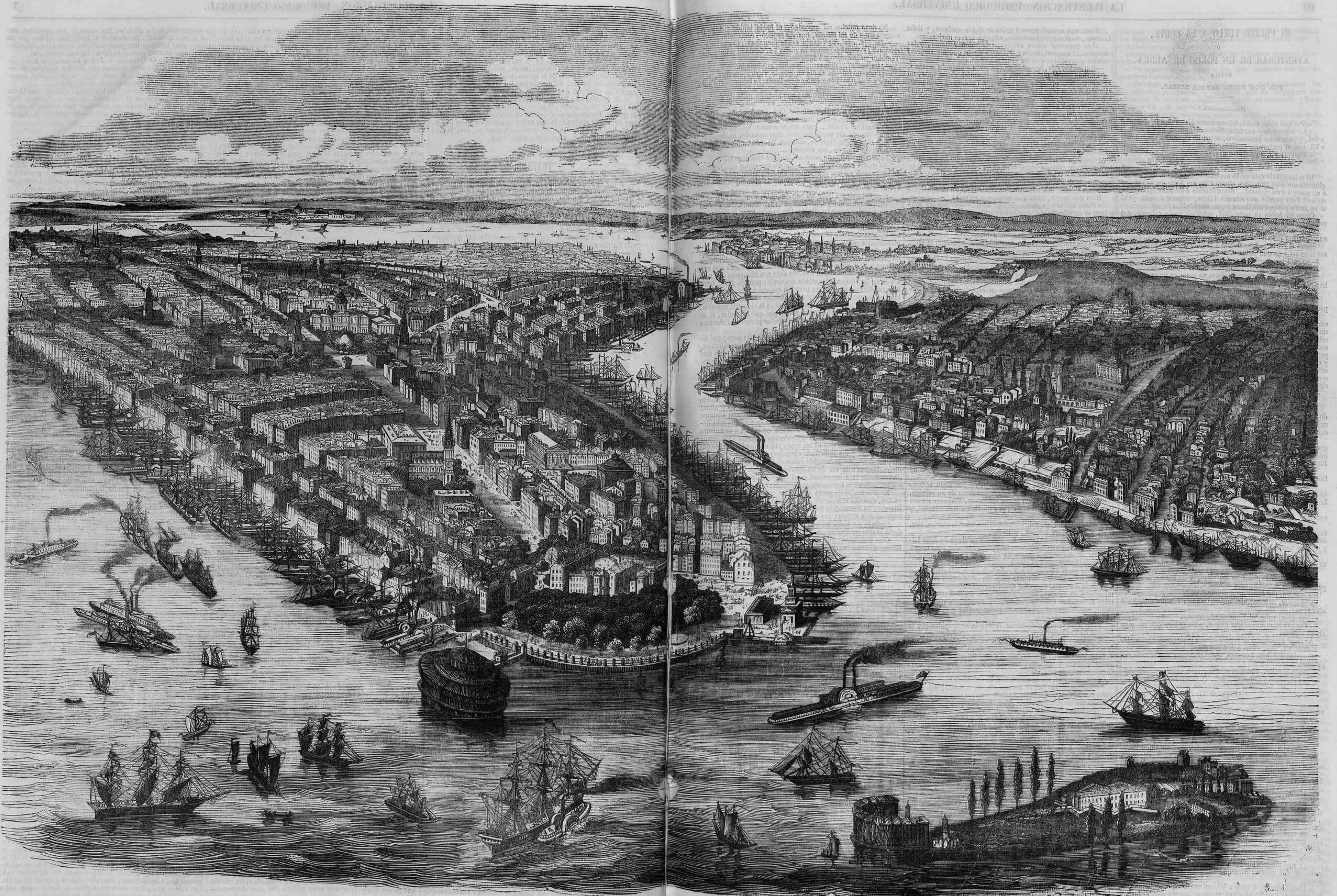
—El Museo británico posee un manuscrito egipcio sobre el cual se lee en el catálogo general la siguiente interesantísima noticia: El Egiptólogo Emilio Rouge considera este manuscrito procedente del tiempo de Ramses II, contemporáneo de Moisés, mediando la particularidad que ni es escrito histórico, ni religioso, sino una novela que tiene mucha analogía con la historia de José y Putifar, mezclada á la par con sucesos portentosos y principios religiosos. Fácil es de concebir el sumo interés que debe inspirar una produccion literaria hebreística de catorce siglos antes de Jesucristo.

—Entre Samo y Seavoti, en unas grandes escavaciones que se emprendieron, fué descubierta una Vila, ó sea casa de campo perfectamente conservada. Su construccion envuelve el carácter de las de Pompeya; tiene doce cuartos, y una grande antesala ó especie de vestíbulo. En una de las estancias se halló una ánfora ó jarra de dos asas, un azadon y otros útiles agricolas de una forma originalísima, y el esqueleto de un hombre y de un pájaro.

—En noviembre próximo pasado se ha verificado en París la venta en pública subasta de 709 documentos de la antiquísima y célebre abadía de San Miguel, en la Lorena, entre los cuales habia muchos procedentes de Carlo-Magno y otros emperadores sucesores suyos.

Acerea de las exploraciones emprendidas en las ruinas de Babilonia, dirige Mr. Apepert á la Academia de París las siguientes noticias interesantes:

«Cuanto mas me voy ocupando de los reconocimientos topográficos de esta inmensa ciudad, tanto mayor va siendo mi conviccion de que el Birs Nimrod designa la antigua Borsippa, ó sea el Borsib, de que se hace mencion en el Talmud (código civil y religioso de los judíos), y que significa Torre de las lenguas. El Talmud, del cual una gran parte fué redactado como es sabido, en Babilonia, ha de ser considerado como la mas notable obra para la adquisicion de noticias y datos relativos á la topografía de esta ciudad memorable, pues es imposible hallarlos en parte alguna mas preciosos, seguros y remotos. Ya de muy antiguo tiempo á esta parte prevalecia la opinion de que el nombre de Birs era idéntico al antiguo de Borsippa, solo que se carecia aun de pruebas positivas. Yo he sido feliz en encontrar una, que consiste en una inscripcion, que descubrí aquí en las escavaciones practicadas, y que procede del año 450 antes de la era cristiana, en la cual se lee muy claramente el nombre de Borsippa. Formaba una parte de la antigua Babilonia, separada empero del casco principal de la ciudad por un muro: así es que lleva un nombre particular. Segregaciones análogas hallamos en las antiguas ciudades de Antioquia, Siracusa, Alejandria, Cartago, etc. El Birs Nimrod se halla al Sud-Oeste de Oheymar ó Heymar antiguo, y como á una distancia de 26 kilómetros (de seis á siete horas). El ámbito de Borsippa viene á tener unos 23 kilómetros. Acabo de hacer una excursion á Kutta, que se halla al Norte de Babilonia, que se hizo célebre en la antigüedad por el culto del Nergal. Si allí se emprendiesen escavaciones de alguna consideracion, se conseguirian creo yo resultados de importancia. En direccion Sud, avancé hasta Zellzuntsch, unas diez leguas distante de Kutta. Las ruinas que allí se encuentran deben proceder segun todos los indicios de un antiguo templo de los babilonios.



Vista de Nueva York.

MI PRIMER VUELO A LA CORTE,

6

AVENTURAS DE UN POLLO DE ALDEA.

NOVELA

FOR DON FIDEL GARCIA LOMAS.

(Continuacion.)

«¿Por qué no ha venido Vd. en tantos dias, señor D. Antonio? ... Le espero hoy sin falta. ...»

TEODORINDA.

El principio de esta carta me enardecí; pero el último rengoncito me dejó frío. ... Seguro me referiré á mi amor ó á mi chasco? ...

Como no habia ya necesidad, echábala yo de valiente. Así somos los hombres.

Con esto me lancé á la calle, y sin ver, ni oír, ni pisar el suelo, segun creo durante el camino, llegué á su casa.

Hablé al portero. Llamó este á la puerta, salió Juanelo, y me hizo seña de que entrase.

—No está la señorita, me dijo; está la tía... —Pues me marche!!!... y dí una rápida vuelta.

—Díjome la señorita que esperaba un pocu en un cuarto que hay al interior. Que vendría luego, y se iría la tía.

—Pues me quedo; y seguí á Juanelo. Introdujome en una pieza interior, separada de un pasillo por un ligero tabique y una puerta vidriera con cortinillas.

Al poco rato de estar siento andar por el pasillo; separamo la cortinilla, y veo venir á Domingo hacia mi cuarto: siento luego una voz que le llamaba—Domingo? Domingo? y veo acercarse una mujer. Era doña Lorenza. Yo empecé á temblar como la hoja en el árbol. No hay duda; me descubrirán, y soy perdido.

Acércanse Domingo y doña Lorenza hacia mi puerta, y enfrente se detuvieron. Yo no podia separar mi ojo de la vidriera. Observo que doña Lorenza se aproxima mas á Domingo: que le habla como al oído, que le pasa la mano por la cara acariciándole.

—¿Que será esto, me decía? Pronto salí de dudas.

Retira la mano doña Lorenza, y acercando mas su rostro al de Domingo, vi que los labios de aquella se fijaron con sonoro ruido sobre la mofletuda mejilla del lacayo... una vez... dos veces... y otra vez...

No podia salir de mi asombro; pero rápidamente conocí el gran partido que podia sacar de esta escena, y me espliqué asimismo la misteriosa suerte que, en lenguaje de su compañero Juanelo, habia hecho Domingo, Mingo en otro tiempo.

Hice un ligero ruido, y huyeron amabas tórtolas, ruboroso Domingo, y asustada doña Lorenza.

Salí yo tambien de mi escondite, y arrogante como el que camina á un triunfo seguro, me dirigí á la sala en pos de doña Lorenza.

Entró: volviése sobrecogida aun, y encontróse cara á cara conmigo, que la hice una cortesía graciosísima.

Todo lo comprendió ella; y por mi parte, antes de que tomara la palabra, me apresuré á hablar; y remedando su acento del pasado dia, empecé así, paladeando con placer mi apetecida y sabrosa venganza.

—Muy bien, señora doña Lorenza, muy bien. Siendo como es Vd. una doncella de las dos que solas estan en la casa... —¿Qué ha visto Vd., D. Antonio? replicó ella azorada.

—Mucho, señora, mucho he visto. Y lo demas lo he supuesto... Una doncella, ama de casa y... —Calle Vd. por Dios! me dijo humilde.

—No [callo, señora, no: quiero hablar: conque escuche ó alzo la voz.

—Por Dios, calle Vd.! que siento pasos... —Por eso sigo; mejor que mejor, pues quiero que me oiga algun testigo.

Al decir esto apareció Teodorinda en la puerta del gabinete. —Señorita, dije, viene Vd. á tiempo... Sobresaltóse doña Lorenza, y dirigiéndome una mirada suplicante...

—Déjanos solos, dijo á su sobrina: vete. —No: repliqué yo, quédese Vd., Teodorinda: quédese Vd.

CAPITULO XI.

DE CÓMO EL AMOR ES UNA PLANTA, Y EL CORAZON DE LA MUJER EN TIESTO DONDE AQUELLA FLORECE, HASTA QUE EL TARRO SE ROMPE.

Teodorinda no sabia qué hacer. —Vete, hija, vete... continuó doña Lorenza con angustia.

Era bastante para preámbulo, y quise hacer como de generoso. —Pues bien, si esta señora se empeña, puede Vd. dejarnos solos. Desde luego yo nunca hubiera hablado en presencia de Teodorinda de tan ridícula escena; pero queria atormentar á doña Lorenza á toda costa.

Solos ya, dijo esta: —Me promete Vd., señor Don Antonio, no revelar lo que ha visto?

—Veremos, contesté gravemente. No tuvo Vd. tanta indulgencia conmigo, sorprendido en una accion no deshonesta.

—Es verdad, dijo; lo reconozco, y me arrepiento; sí, me arrepiento; y si Vd. supiera los motivos que me obligaron á obrar con tal dureza, á mirar á Vd. con prevención, tal vez me disculparia.

—¿Y qué motivos pueden ser esos? Yo no di á Vd. prueba alguna de mal querer, para que Vd. tan á las claras me le profesara.

—Pues bien: voy á abrir á Vd. mi corazon; escúcheme Vd., D. Antonio, y concluidas mis palabras, espero quedar disculpada de todo á los ojos de Vd., y puede que compadecida...

Tomé una actitud grave á guisa de rígido confesor, y doña Lorenza, cual sumisa penitenta, empezó de este modo:

«Las personas somos débiles, señor don Antonio, y las mujeres... Quiero con esto decir que las mujeres somos mas débiles que las otras personas.»

—Entiendo, dije, haciendo una pausada y pequeña cortesía. «Siendo tan frágil la carne, y la de mujer sobre todo, no extrañará Vd. ni nadie extrañará ver tropiezos á cada paso.»

«Porque á cada paso hay combate. Este enemigo del alma que se llama carne, tan dispuesto á hacer traicion al espíritu de la mujer, vese ayudado en su empresa por otro enemigo del cuerpo y del alma á un tiempo. Sí; las mujeres tenemos cuatro enemigos, Mundo, Demonio, Carne, y Amor; y este último es quien mas en nosotras se encarniza.»

—Pero, señora, interrumpí, á la edad de Vd?... —«A todas edades, hijo, á todas; desde la mayoría legal de los doce años.»

«Escuche Vd. la confesion de una mujer que ha estudiado en su larga carrera todas las peripecias del amor, y le ha visto frente á frente bajo sus diferentes formas, habiendo llegado ya—ay de mí!—á mirar, tirano, muy tirano, como siempre tirano, señor D. Antonio, bajo la de un lacayo!!»

Hizo una pausa, dió un suspiro, y continuó: «Hasta los veinte años—dichosa edad!—tenemos las mujeres el derecho de eleccion entre lucidos candidatos. Escogemos; nuestra posicion es fuerte; combatimos.»

«De los veinte á los treinta esperamos: con regular ganancia nos conformamos: la plaza va debilitándose: capitulamos.»

«De los treinta á los cuarenta, nos sobresaltamos: la plaza se queda desguarnecida: sin combate nos rendimos.»

«De los cuarenta á los cincuenta ya buscamos: no hay plaza ni enemigos: nos desesperamos.»

«Vea Vd. cómo somos víctimas, en decadencia siempre, y sin compensacion. Perdemos en jerarquía, en todo, á medida que perdemos en años. Perdemos en espiritualidad, y viene la materia, la vil materia á dominarnos. Somos de barro, señor D. Antonio, y al cabo conviértese todo en polvo. Es el destino de la humanidad.»

«Los hombres por fin tienen siempre el derecho de iniciativa. Ah! no sabe Vd. cuánto vale ese derecho!»

«Ya lo ha oido Vd. Encuéntrome en el último de los periodos marcados, y no hallo por desgracia un fresco arroyo donde apagar mi ardiente sed. Y además yo que soy tan nerviosa...»

«Oh! los nervios... todos á nuestra presencia huyen, y Vd. mismo—ingrato!—Vd. á quien por verle manifesté tan buenas disposiciones?»...

—Basta, basta, dije, doña Lorenza. Basta. Estoy satisfecho con la curiosa explicacion de Vd.

—Y me disculpa Vd? —No señora; la compadezco.

—Y guardará Vd. secreto sobre lo que ha visto? —Sí señora, y sobre lo que he oido; puede Vd. irse tranquila.

—Gracias, D. Antonio, gracias. En pago de su amabilidad voy á darle un consejo. Vd. ama á Teodorinda... —Señora...

—Vd. la ama. ¿De qué valdria mi esperiencia si no lo conociese? Cuidado D. Antonio, que mi sobrina es una mujer muy particular...

—Vamos, que la tía... dije para entre mí, aunque atribuyendo á un grande elogio las palabras que decia de su sobrina.

—Muy particular: Vd. un joven candoroso. Un pollo tierno: pero cuidado, repito, que hay de por medio un Gallo inglés, y un capon viejo.

Con esto levantóse, y dirigiéndome una amable sonrisa, voy, dijo, á llamar á mi sobrina, y se fué.

No me habia fijado yo en las últimas palabras de doña Lorenza, absorto como estaba con su pasada historia, algo oscura para mí, y deseando después de oirla, que cuanto antes se marchara tan repugnante mujer.

Quedé pues esperando á Teodorinda, con mil dudas, con temores mil, aunque tenia la pequeña satisfaccion de haber humillado á su tía. Pequeña digo, porque desesperanzado de mi amor á su sobrina, importábame poco tener ó no un enemigo menos. Sin embargo, aunque la marquesita no me quisiera, quedábame el consuelo de poder verla, y la alegría de una venganza satisfecha.

Estas reflexiones joco-sérias fueron interrumpidas por la llegada de Teodorinda.

Confuso y entristecido halléme á su vista: lo primero por la pasada escena, y por la desesperacion de mi amor lo segundo. Estaba tan linda... tan linda!!... que casi me avergoncé de haber aspirado á tan alto puesto; y tristemente resignado me decidí á quererla en silencio.

Seré, me dije, un ignorado mártir del amor!... —Cómo se olvida Vd. de los amigos, D. Antonio, dijo graciosa y amable como siempre.

—No me olvido, señorita. —Pues por qué dejó Vd. de venir á casa?

Me quedé parado. Creia que aquella mal aventurada escena debia ser para Teodorinda, como para mí lo era, un punto sagrado, impenetrable á la conversacion.

—Por qué? por qué? Y Vd. me lo pregunta? —¿Teme Vd. á mi tía? ¿Cree Vd. que realmente estaba enfadada?

—Pero y Vd., Teodorinda? y Vd. no se ofendió de mi... de mi... de mi proceder?

—Y por qué? —Estuve tan... tan atrevido!!... —En qué, hijo, en qué?

Por grados iba creciendo mi asombro, y calentándose mi cabeza.

—En qué? En decir á Vd... —Si Vd. nada me dijo? Qué quiso Vd. decirme?

—Que yo... que Vd... es decir... —¿Qué?... —Que la quiero á Vd., señorita! dije con nervioso sacudimiento como librándome de un peso. ¿Le parece á Vd. poca cosa? Pues ya lo sabe Vd. La quiero; la adoro... la... En fin... está dicho!...

Yo era otro hombre, y hallábame tan resueltamente firme como el que, tímido huyendo ante un furioso enemigo, tiene de repente un arrebató, vuelve la cara, y jugando el todo por el todo, se arroja á vencer ó morir; pero decidido.

No duró mucho mi ansiedad, ni habia tenido tiempo de asombrarme de mí mismo, cuando replicó Teodorinda...

—Ja... ja... ja!... ¿Y tanto eso le apuraba? ¿Era acaso un crimen? ¿Por qué no me lo ha dicho Vd. desde el primer dia? Tambien yo le quiero á Vd.

—¿De veras?... dije estúpidamente arrebatado. —¿Pues no? desde el dia en que le ví simpatizanos, y le quiero á Vd. ¿Qué tiene esto de particular? Cielo santo! yo no veia.

—Nada, dije, pues claro está que no tiene nada de particular. Pero...

—¿Qué tiene Vd., D. Antonio? ¿Vd. tiembla? Efectivamente, estaba trémulo y sudando.

—¿Tiemblo? Puede... pero no se asuste Vd. Es de gozo; aunque me dé un accidente con convulsiones, no importa; aunque diga algun disparte, no haga Vd. caso... porque tanta, tan inesperada dicha, me anonada...

Estaba yo elocuente como un hombre embriagado. No podia creerlo, ni podia explicarme cómo una señorita de tanto mérito á mis ojos soltaba tan fácilmente palabras que tanto tiempo habia tenido yo royéndome el corazon sin atreverme á decir las.

Como si hubiese leído mi pensamiento, continuó ella: —Tal vez estrañe Vd. mi franqueza (¡y tanto!). Pero yo no soy una mujer como las demás. (Ya lo veia.) Soy enemiga de lo vulgar, y héme formado en ciertas cosas un sistema de conducta libre de las preocupaciones que acompañan al trato social. Estamos muy atrasados en algunos puntos todavia; muy atrasados, á pesar de nuestra decantada civilizacion. Por mi parte no reconoceré los adelantos de que se blasona, ni esa civilizacion que tanto se encarece, hasta que los sentimientos lleguen á espresarse con la misma pureza y claridad con que se desarrollan. Cuando un hombre diga con franqueza: yo amo á Vd., y la mujer interpelada responda: pues yo á Vd. tambien, ó Vd. no me gusta; pero sin empacho, con lisura; entoncez, descartado ya un gran embarazo en uno de los mas delicados objetos del trato social, cual es la simpatía amorosa, creeré que estamos civilizados. ¿Mas por qué la mujer, si es que la siente primero, no ha de manifestar primero su amorosa inclinacion?

Acordéme del derecho de iniciativa de la tía; pero ¿qué diferencia! Lo que en boca de doña Lorenza era una ridiculez, figurábase en la de su sobrina luminoso principio de una revolucion social femenil. ¡Qué prodigio de saber... y qué genio, y qué!...

—¿No es Vd. de mi opinion, D. Antonio? —Y mucho que sí, dije yo, como siempre decia ante aquella mujer, sin discurrir.

No tan solo era de su opinion, sino que no hubiera podido pensar de otro modo. Teníame dominado en cuerpo y alma; era suyo como suele decirse, hasta por los talones; siempre habia ejercido sobre mí la preponderancia que el que está debajo atribuye humilde á aquel á quien considera á una altura superior; siempre me habia considerado pequeño ante granjeza tanta, y desde que de un modo tan estraordinario me declaró su amor y me indicó sus elevados pensamientos de reforma, me desvanecí oscurecido entre el humo de mi imaginaria dicha. No tan solo era de su opinion, sino que hubiera considerado como una ingratitude sacrilega y estúpida atreverme á contrariarla en lo mas mínimo.

Es una mujer de genio por todos cuatro costados, pensé; yo soy, con ella comparado, una pequeñez, un átomo; me ama además; ha descendido hasta mi persona; no haré mucho consagrándosela entera; me sacrificaré por ella; seré su esclavo.

Decia la de todos los enamorados; pero en aquel momento decia lo que sentia.

Otra vez parece que habia penetrado mi interior, pues con la mayor serenidad continuó:

CAPITULO XII.

DE CÓMO SE EMPIEZA CONJUGANDO UN VERBO, SE CONTINUA ESTABLECIENDO LAS CONDICIONES DE UN CONTRATO CON GARANTÍA, Y SE CONCLUYE HACIENDO UN DESCUBRIMIENTO.

—Yo amo á Vd.; Vd. me ama. —Nosotros nos amamos, repuse yo encantado.

—Nos amamos, dijo Teodorinda; pero no nos conocemos lo bastante; y así, con la misma claridad que hasta aquí, voy á manifestar á Vd. mis ideas.

—Serán las mias. —Yo le quiero á Vd. para marido, porque se me figura que el carácter de Vd. es á propósito para eso; pero entienda Vd. bien que le quiero para marido solamente.

Aunque el acento de estas palabras era misterioso un tanto, no me llamó la atencion por entoncez.

—Es mi sueño, contesté. ¿A qué otra mayor dicha podia aspirar?

—Para marido, continuó, me parece Vd. cortado. Vd. es dócil...

—Señorita... dije ruborizándome. —Sumiso al parecer, y creo que se acomodará bien á su papel y á mi carácter.

—A lo que Vd. quiera. Exija Vd.; yo seré su esclavo... —No tanto; pero quiero que Vd. me obedezca.

—Obedeceré. —Sin replicar. No me pedirá Vd. cuenta de mis acciones. Seré dueña de mi voluntad.

—Y de la mia, añadí yo cándido, resbalando por la estraña pendiente adonde me conducia aquella estraña mujer.

Ahora que lo pienso con frialdad, no concibo cómo estuve tan ciego... Pero continuemos.

—Soy tan franca como Vd. ha visto. Creo que Vd. me vendrá; pues aunque no tenga todavia toda la escuela necesaria, mostrándome la docilidad que le exijo, prométome sacar de Vd. un marido modelo. Hé ahí mis condiciones para la relacion que ha de unimos, y la garantía que de Vd. exijo para prueba de su docilidad. ¿Se conforma Vd.?

—Me injuria Vd. con preguntarlo, Teodorinda: (y acababa de tratarme como quien ajusta un caballo. ¡Oh! amor, amor!)

—Abora, dije, márchese Vd. Este golpe me sobrecogió, y la miré sorprendido.

—Cómo? dijo ella, tan sumiso, y á mi primer mandato...

—Ah! tiene Vd. razon. Me voy.

—Bien, Antonio, muy bien. Ahí está mi mano. Es la primera lección.

Cogí yo arrebatado: la miré dándole una vuelta, y la volví a soltar. ¡De qué buena gana la hubiera besado siquiera en la punta de un dedo!... Pero no me atreví...

—Conoció ella, y añadió.—Vámos: decididamente Vd. será todo un buen marido.

Salí de aquella casa, también diciéndome.—Vámos: decididamente esta mujer me va á volver loco. No pensé que ya lo estaba, pero rematadamente loco.

No quiero detenerme á describir mi estado después de esta escena. Ya no era yo como los demás hombres: estaba con fiebre continua. Los primeros días sobre todo debí cometer mil ridículos, porque de nada me acuerdo.

Llegó mi dicha á su colmo. Querido por Teodorinda, temido por su tía... ¿pero y el viejo Rico? Ya se me había olvidado: pensé pues, y fué la única sombra, aunque ligera, que oscureció á mi feliz estrella, pensé que este viejo volvería de su viaje, conocería mi estado con Teodorinda, se irritaría por ello mas; y como estaba enterado de la escena de mi primera declaración, que me pondría en ridículo: y á Teodorinda tal vez... ¡Oh! es preciso evitarlo á toda costa. ¿Pero cómo?...

Perdíame en conjeturas para conjurar este daño imaginario, y no veía buen remedio, cuando una inesperada casualidad me proporcionó el mejor medio revelándome un misterio de la vida de este hombre. Un secreto es el medio de dominación por excelencia.

Pasaba yo una mañana al rayar el día, porque efecto de mi felicidad dormía poco, por una de las calles mas estraviadas de la corte, callejuela por muchos respetos, y por el silencio y poco movimiento que en ella se nota, ya por ser tan mala, ya por lo intempestivo de la hora. No obstante, iban á algunos pasos de mí dos personas, hombre y mujer. El primero llevaba una capta corta en la cual iba embozado como quien teme ser conocido, y una gorra bastante calada. Conocióse á pesar del disimulo de las prendas, que quien las llevaba era viejo; que así lo denunciaban las endeables canas asomándose por entre el hueco que había por detrás en la cabeza, desde la gorra á la capta.

La mujer, por el contrario, era jóven, y un gran rodete trenzado á la manera del tejido de un cestillo fino, y unos grandes rizos sobre la sien, y el aire en fin de su persona daban á conocer muy claro una de esas manoladas degeneradas, á falta de las verdaderas manolas. El hombre hablaba bajo, como con misterio, y la mujer contestaba alto, como sin temor. Llegaba esta al brazo una cesta grande.

De pronto párase la mujer, vuelve el rostro el hombre, y con la sorpresa que puede suponerse reconocí á mi enemigo Rico, á quien suponía yo viajando á orillas del Guadalquivir.

Embocéme mucho en mi capa (yo también iba de capa), y habiendo empezado á andar la pareja, acerquéme mas y los seguí de cerca. Si vuelve la cara Rico y me conoce, nada pierdo; conquese sigámosle. Felizmente no la volvió, y pude desahogado oír la conversación de este viejo callejero y de aquella Colasa moderna.

—Tú te burlas de mi amor, Maria.
—¿Y por qué, D. Crispulo? decía ella. Cuando le digo á Vd. que le adoro... Vd. sí que se chancea... Vaya! pues no he de quererle?...

—Como yo á tí no. Con promesas me tienes entretenido, y yo por mi parte cumplo con lo que te ofrezco.

—Como Vd. ha hecho tanto!...
—Si tú fueras mas amable!...

—¿De veras? ¿Qué sería?...
—Mira, Maria, voy á darte otra prueba de mi cariño, pero á condición de que no me has de entretener mas tiempo con engañosas esperanzas.

—Veamos esa prueba, y si me agrada, hoy será el último día de tu tormento; y quedará... satisfecho.

—Pues bien, toma. Y alargó la mano dándole no sé qué.

Miró Maria, puso un rostro muy risueño, y replicó.—Esto es algo: y Vd. verá si soy desagracida...

—¿Dónde te espero? dijo Rico.

—¿Qué esperar? contestó ella, venga Vd. conmigo. Voy á la compra á la plazuela: ¿ó le da á Vd. vergüenza ir con una probe?

—Vámos, dijo Rico, y siguieron: y yo detrás.

Llegaron á la plazuela y empezó la compra.

Trataba Rico de desviarse de Maria ínterin esta hacia sus ajustes; pero ella le obligaba á aproximarse con frases de compromiso, pidiéndole su voto sobre algunos comestibles, no los peores, y haciéndole pagarlos como capricho.

—Quiero, le decía, convidarle á Vd. á un almuerzo de mi mano: que los duelos con pan son menos.

Rico no podía excusar pues tales ofertas, y el subsiguiente desembolso.

Llamaba la atención además de algunas verduleras y vendedoras íntimas amigas de Maria, que hacían á Rico victima de sus burlas.

—¿Que casta de pájaro es ese, chica?...

—Es mi mayordomo, contestaba Maria con malicia: y al que le duela que rabie. ¿No es verdad, D. Crispulo?

Estaba á prueba la serenidad de Rico, y érale ya preciso resignarse.

Yo estaba gozosísimo con mi descubrimiento, que me ponía en ocasión de abatir completamente á aquel pícaro viejo.

No paró en esto.

Después de haber llenado la cesta Maria de las mejores provisiones, y de haberse despedido como en revista de todas las vendedoras de su mayor confianza, salió con Rico de la plazuela, contestando á la última recomendación de una verdulera que la encargaba «cuidar bien al Pollo».

Volvían en amorosa plática á entrar en la calle donde yo los había encontrado, cuando encaróse con ellos uno de esos majos de garrote, y dirigiendo demuestros á la niña, que parecía lo mas inocentemente asustada:

—¿Y Vd., dijo á Rico con aire resuelto, que tiene Vd. que ver con esta señora? ¿le parece á Vd. que no tiene quien la defienda?

Rico temblaba visiblemente ante el aspecto amenazador de aquel hombre de garrote en mano, y balbuceó algunas excusas. Pero el contrario no se daba á razones y estaba empeñado, según decía, en limpiar el polvo al viejo. Tal calor iba tomando la cuestión, que tuvo que interponer su influjo Maria, á pesar

de su mala posición, puesto que al parecer era también culpable. Por fin, con tono, aunque de transacción, decidido, repuso el hombre del garrote:

—Suelta esa cesta; y se la quitó del brazo á la niña.

—Cójala Vd. y se la presentó á Rico.

—Pero... dijo este...

—No hay pero... O mimbres en la mano ó palos en las costillas. Yo le enseñaré á respetar á mujeres honradas.

No había medio, ni en la alternativa duda. Así que Rico, embozándose algo mas por precaución, cogió humildemente la cesta.

—Eche Vd. á andar, dijo el otro. Delante, y sin recatarsel Aquellas órdenes, apoyadas por el tremendo y visible argumento del garrote, no admitían réplica. Siguiéron pues, Rico delante con su cesta al brazo, y la pareja *crua* detrás, reconciliada al parecer.

También yo los seguí movido en aquellas circunstancias mas por compasión y para ayudarle en caso de mayor peligro, que con deseo de saber mas, pues sobrábame con lo aprendido. Felizmente no hubo necesidad de auxilio, porque llegados á una casita baja y sucia en su entrada, despidieron á Rico, el hombre con ceño y palabras duras, y la niña con unas gracias tan estiradas que hubo de quebrarse la palabra.

No esperó el viejo á que se le repitieran, y dando una vuelta en corto, marchó corrido, y yo lo perdí de vista.

Volvíme á casa preocupado y gozoso con mi descubrimiento. Lo primero porque no acertaba á explicarme cómo un hombre tan flamante en sociedad, descendía á la vida rastrera y se mezclaba en amores de callejuelas con mujeres de la clase baja. Eran estas dos fases en un hombre tan incompatibles, que no podía menos de estar yo confuso con extrañeza, por mas que estuviera acostumbrado ya á ver cosas extraordinarias y sorprendentes en el trato, maneras y carácter de las personas con quien mas íntimamente trataba.

Creía por un momento que Rico había renunciado á sus ilusiones entre la gente elegante, para entregarse en busca de realidades en inferior escala.

Así que, no dejó de causarme nuevo asombro encontrarle en la noche del día siguiente al de esta ocurrencia en casa del conde del Haya, tan elegante, tan figurin, tan remozado, con mas ese aire de superioridad que acompaña al viajero, como decía Anacarsis: superioridad que Rico explotaba dándose importancia con la narración de sus aventuras ante el corrillo de que era centro.

—Llegué esta tarde, decía, molido, muy molido, con los desgraciados caminos que tenemos en España. Hablaba; y como se ve, mentía el viejo con tal aplomo, que no pude menos de sonreírme mostrándole á las claras incredulidad, y aun parapetado con mi secreto, me aventuré á preguntarle con no disimulada malicia qué pueblos había atravesado el día anterior.

Desconcertóme la pregunta un poco; pero repuesto luego, é irritado sin duda del aire impertinente asaz con que yo le miraba, replicó vivamente como evocando un recuerdo:

—Pero, señores, se me había olvidado contaros una chistisima aventura que presencié la víspera de mi marcha.

Y me miró con dañada intención y maligna sonrisa.

—Cuéntela Vd., cuéntela Vd., dijeron varios.

—Yo también reclamo el derecho de contar otra no menos chistosa que presencié la *víspera* de la vuelta del viaje del señor, dije yo: y le miré, no menos que él impertinente. No se alteró.

Pero, ¿cómo había de sospechar que yo tuviese en mi mano un hilo tan importante de su misteriosa vida?

Escitamos la curiosidad del corrillo, que se aumentó insensiblemente con aquel reto para entre los dos.

—Vámos por órden, dijo uno; ¿quién habla primero?

Unos pretendían que hablase Rico, y otros que hablase yo. Convínose á propuesta mia que hablásemos por partes ó períodos.

Quería yo por una parte intimidar á Rico, y por otra que no llegase al fin en la narración de mi escena.

Ya se verá cómo conseguí mi objeto.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO Á MEDIDA QUE CRECE EL INTERÉS DE UN AUDITORIO DISMINUYE EL ENTUSIASMO DEL ORADOR, COSA QUE NO PARECE NATURAL.

—Empecemos pues, dijo Rico.

—Empecemos, dije yo.

EL. Era un jóven novato en la corte; y era una señorita de un mérito superior y de sociedad escogida.

—Concluida la historia, añadió Rico, diremos el nombre de los héroes, respetando el de las damas: ¿le conviene á Vd.? me dijo arrogante.

—Y tanto! respondí, que por mi parte no tengo inconveniente en revelar los nombres de todos los que en mi cuento figuran.

Con esto se avivó mas la curiosidad del corrillo: repitió su oración Rico, y empecé:

Yo. Era un cortosano viejo; y era una mujer muy de cuenta entre los Pepeillos y comadres de Lavapiés.

EL. Y la escena tuvo lugar á las doce del día, en casa de la señorita á la cual el dicho novato tenía pretensiones de enamorarse.

Yo. Y la escena tuvo lugar en una retirada callejuela á hora muy de madrugada, pretendiendo el viejo á falta de valor personal, comprar el cariño de la *señora* Maria.

Algo inquieto Rico, empezó á mirarme: pero siguió luego.

EL. Conviene advertir que la señorita tenía, no una dueña que la guardase, sino una mujer mas temible aun. ¡Un milanero para los pollos.

Yo. Conviene advertir que la Maria tenía, no un marido precisamente, sino un compadre de nariz arremangada y garrote en mano. Horrible arma para las moscas.

Rico decíala visiblemente; pero para mas cerciorarse sin duda de su falsa posición, hizo el último esfuerzo.

EL. Pero un día que el galán, á guisa de comediante, se postro de rodillas ante la niña, declarándole su amor, presentóse á sus ojos atónitos aquella mujer atroz.

Yo. Pero un día en que el viejo, después de haber gastado mucho dinero y llenado de provisiones esquisitas una gran cesta que la maja llevaba al brazo, estaba con ella en plática amo-

rosa mas engolfado, presentóse de repente á sus espantados ojos aquel hombre feroz. Conoció Rico que se precipitaba, y se detuvo cortado.

—Que siga, que siga la narración! dijeron algunos. Continúe Vd., Rico, que va estando interesante la aventura.

—Yo seguiré la mia hasta el fin, dije, mirando con aire de triunfo al contristado Rico.

—Señores, dijo este, mirándome á su vez suplicante, las dos historias se parecen, y será bien que los narradores nos pongamos de acuerdo, hablando aparte un momento. ¿No le parece á Vd., D. Antonio?

—Mas quisiera, contesté, concluir la mia, puesto que la he empezado; pero si el señor se empeña, y Vds. lo permiten, nos pondremos de acuerdo hablando un momento solos.

Sea, dijeron; pero á condición de que han de volver Vds. pronto.

Separóse Rico del corrillo, se me acerco, y agarrándoseme al brazo nos quedamos solos, un tanto desviados de la reunión.

—Sr. D. Antonio, me dijo, ¿no será mejor que seamos buenos amigos, que no con nuestra ridícula rivalidad divertir á los demás á nuestra costa?

No podía entregarse mas á discreción. (Conociendo yo sin embargo las ventajas de mi posición, quise explotarla, y le contesté:

—Sr. de Rico, no tengo inconveniente en que seamos amigos; pero por mi parte tengo que imponer condiciones. He sido provocado, y Vd. quien primero se rinde.

—Las que Vd. quiera, me dijo. Promete guardar secreto...
—Poco me importa eso.

—¿Pues qué exige Vd. de mí?
—Una cosa muy sencilla: 1.º que si está Vd. con Teodorinda y yo me acerco, me ceda Vd. el puesto largándose: 2.º que si estoy yo con ella, me deje Vd. pacífico sin aproximarse, á menos que una mirada mia lo consienta; y 3.º que sea Vd. ahora quien se encargue de satisfacer á los señores que estan esperando la conclusión de las historias. Solo con estas condiciones prometo callar; si no, ahora mismo vuelvo á concluir el cuento, y ya ve Vd. que nos esperan. Era cierto.

—Demasiado duras eran estas condiciones; pero era mas comprometida la posición del viejo: así que, con aparente alegría dijo:

—Aceptado: ¿y seremos amigos?
—Lo seremos; y con esto nos separamos, Rico á satisfacer la curiosidad del auditorio, y yo á dar una vuelta por la sala, muy contento con el obtenido triunfo.

Era efectivamente feliz, y hallábame satisfecho de mi posición, si costosamente adquirida. Teodorinda, mujer tan superior, tan extraordinariamente extraordinaria, me quería: á mí, que con ella comparado, tenía por un hombre muy vulgar: la tia, mujer atroz, pero enemiga por sus atributos de soltera, vieja y nerviosa, estaba entregada á mi voluntad: Rico, viejo sutil y malo, como Doña Lorenza, como todas las personas que pretenden salir del centro natural, diplomático, faldero, sagaz, babíase entregado también á discreción. Tantos triunfos sabrosos por ser triunfos, por el previo combate, me hicieron pasar algunos días de felicidad, ilusoria como cosa humana, pero bastante si se tiene en cuenta que la única posible, de tejas abajo, es negativa; es decir, que consiste en no padecer.

Pero no había de durar; y á no ser inestables, no fueran humanas las cosas; y á no haber sido interrumpida por los acontecimientos, habríase agotado su principal atractivo, la novedad, por el hecho mismo de la posesión.

Corrieron varios días en bonancible estado, visitando por mi parte con mas frecuencia á Teodorinda, en busca de amorosas impresiones, para recibir nuevas lecciones matrimoniales, y tener mas pruebas de la originalidad de su carácter.

Constituyóse en mi directora, ya porque nuestros respectivos caracteres se prestaban muy bien á mandar por parte suya, y á obedecer por la mia; ya porque mediaba una estipulación, aunque verbal, eficaz.

Me hizo cambiar de zapatero, de sastre, de costumbres y de carácter. Verdad es que no necesitaba yo mucho impulso para descarrillarme.

—Las botas me gustan de punta, así... es mas de moda, y elegante sobre todo.—El lazo de esa corbata es *amenazador*; póngasele V. mas á la *neglige*; prefiero el *levisac* á la levita; una talma es prenda original y bonita, que no admite comparación con la clásica capa española.—Creo que debe Vd. vestir y calzar del extranjero; cuando menos de París, porque las artes españolas estan en decadencia.

—Debe Vd. comer á la francesa, y en el café tomar cerveza alemana y ponche. ¿No sabe Vd. algo de esgrima? Es en un hombre tan indispensable requisito, como saber hablar tres idiomas; alemán especialmente.—En punto á equitación, súpongole á Vd. ginete... Este poco mas ó menos era su lenguaje conmigo, que humildemente escuchaba admirando en una señorita tan vasta capacidad y tan prácticos conocimientos para la vida varonil.

Un día me resolví, previo permiso, á hacerle una observación sobre la equitación y la esgrima particularmente, pues lo que es en cuanto al vestido ó sea las artes de tijera y lezna, eran de lógica feroz sus razonados argumentos.

Teodorinda, la dije, las prevenciones que Vd. me hace, sagradas para mí, son muy de estimar, y en todo estoy conforme con su superior opinión: pero francamente, y prescindiendo aun de la cerveza y del ponche, uso de la equitación y la esgrima, pareceme no muy necesario para la vida civil. Al cabo yo no quiero ser á los ojos de Vd. un oficial de coraceiros, sino un rendido amante; ni pienso conquistar á sablazos su cariño, que espero conservar con la dulzura y suavidad de mi amoroso carácter.

—Concedo, replicóme vivamente, que el papel á que está destinado un marido en buena sociedad no es de los comprometidos, si él sabe su deber, atribuciones, y contenerse dentro de su esfera de acción; pero no obstante, bueno es tener los conocimientos de que hablo, porque el saber nada cuesta. La esgrima, por ejemplo. Figúrese Vd. que, sin ser otra cosa que marido mio, puramente marido, presencia Vd. una cuestión entre dos jóvenes solteros amigos míos de gabinete, es decir, amigos íntimos de la mujer de Vd.; cuestión en que, puesto en tela de juicio mi honor (que nada tiene que

(La continuación en la página 14.)



MÚSICA
DE
J. ESPIN Y GUILLEN.

PARA VOZ
DE
SOPRANO O TENOR.

¡ADIÓS!!!

ROMANZA.

Andante

CANTO...

De tí, se- ño- ra, me au- sen- to, la inuer- te á bus- car an - -

ARPA
ó
PIANO...

- - sio - so, . que ya el vi - vir me es o - dio - so y no hay vi - da, y no hay vi - da sin tu a -

1.ª vez. 2.ª vez.

- - mor, de mor. Pues no quie - re el ha - do ad- ver - so, que

Detailed description of the musical score: The score is for a song titled '¡ADIÓS!!! ROMANZA'. It is in the key of D major (two sharps) and 3/4 time. The tempo is marked 'Andante'. The score is divided into three systems. The first system contains the vocal line and the piano accompaniment. The vocal line begins with 'De tí, se- ño- ra, me au- sen- to, la inuer- te á bus- car an - -'. The piano accompaniment features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The second system continues the vocal line with '- - sio - so, . que ya el vi - vir me es o - dio - so y no hay vi - da, y no hay vi - da sin tu a -'. The piano accompaniment continues with similar rhythmic patterns. The third system includes a first ending ('1.ª vez.') and a second ending ('2.ª vez.'). The vocal line concludes with '- - mor, de mor. Pues no quie - re el ha - do ad- ver - so, que'. The piano accompaniment ends with a final cadence.



lle - ve el dul - ce con - sue - lo dees - pe - rar, que al fin mi an - he - lo po -

- - drá ven - cer su ri - gor, po - - drá ven - cer su ri - gor, po - -

rall.

- - drá ven - cer su ri - gor.

targo

P.



ver con el de Vd.), uno de los jóvenes me deprime y el otro me defiende, con calor ambos, y Vd. callando por supuesto; y figúrese Vd. que llegan las cosas á punto de haber un desafío entre dichos mis dos amigos, y que Vd., callado hasta entonces, trata de conciliarlos, —el papel de conciliador en tal caso sentaría bien á un marido, pero con condicion de haber oído toda la cuestion pasivo: en este estado las cosas, podrá Vd. hacer hasta el importante papel de padrino del desafío.

Me chocaron algunas frases, hipótesis del raciocinio; pero el armazon de su argumento era sólido; y si no del todo convencido en teoría, me decidí á practicar la consecuencia.

Aprendí equitacion y algo de esgrima, comia á la francesa, y bebía cerveza.

—¿Fuma Vd.? me dijo un día.

—Sí señora.

—¿Puro y de la Habana?

—No señora, en papel y del estanco.

—¿Jesus! qué vulgaridad! Eso es muy prosaico.

—Me marea al puro, señorita.

—Pues es preciso acostumbrarse para fumar en la calle, y en casa debe Vd. fumar en pipa, pero una pipa turca. —Compre Vd.? una pipa que sea muy grande y extraordinaria; me gustaría, si fuese hombre, fumar en pipa.

Al día siguiente llevé una pipa, ¡pero qué pipa!... El recipiente era una especie de jicara estrambótica, y todo lo demás con arreglo al recipiente; de este á la boquilla habia unas cuerdas de goma largas, lo bastante para un buen látigo.

La llevé á su casa, aunque sin ánimo de usarla, en prueba de mi deseo de complacerla.

—¡Oh! qué cosa mas bonita! dijo, habiéndola visto. Es muy bonita. ¿Trae Vd. tabaco?

—Sí señora.

—Pues fume Vd. un poco en la pipa.

—Pero señorita...

—Deme Vd. el tabaco, dijo. Entreguéle una cajita entera de cigarros hechos. Desfizolos todos, y apenas hubo tabaco bastante para llenar la pipa. Preparóla, ciñómela al cuerpo, y sacó una cerilla.

¿Qué habia de hacer yo tan bien servido? Aunque me hubiera envenenado...

Encendí pues, y á fumar. Debía hacer de tal modo una facha ridícula; inmóvil en mi asiento, muy erguido, y sin menear los labios mas que para chupar y despedir humo; pero estaba muy á su gusto, y tragaba humo. Ella lo celebraba con grandes risotadas. —¡Oh! decía, me gusta Vd. tanto así! es que me parece Vd. un alemán: mucho, mucho me gusta ver á Vd. de ese modo. —¿De veras? ¡iba á decir, y era mi primer palabra; pero al sacar la pipa tragué mal el humo, y me vino un golpe de tos tan fuerte, que creí que iba á arrojar el hígado por la boca. Para mayor aprieto, viéndome entre contorsiones añadió vivamente. —No escupa Vd... no escupa Vd. en la alfombra; detrás, ahí debajo de la butaca de Vd. estará la cajilla. ¿Cómo habia yo de dar, ni tener tiempo de dar tales vueltas?

No sé cómo no escupí sangre por todas partes en medio de apuros tantos para reprimirme.

Pasó por fin el chubasco, y me esperaba una escena de otra especie. Vuelto á mi estado grave, es decir, fumando en silencio, y resuelto á no interrumpirle, entró una visita en la sala. Fácil es suponer cuál se quedarían á mi vista los nuevos personajes; pero yo, un poco mareado ya, no hice alto, y seguí pensando la habitacion. Ebrío casi, con la lengua abrasada, el paladar ágrido y el estómago en ebullicion, dejé á Teodorinda, y gracias á una taza de café puro y sin azúcar, tomada en el camino, pude llegar á casa.

Hago mencion de estas escenas para demostrar hasta qué punto llegaba la originalidad del carácter de mi amada, y la ceguada de mi entendimiento. Tanto, que yo me daba mil parabienes, llegando no solo á justificar la conducta de ella para conmigo, sino á agradecerle sus buenos propósitos de hacer de mí otro yo, mas digno, una vez regenerado, de merecer el cariño de aquella notabilidad.

Habia sin embargo conseguido algo, puesto que me atrevia ya á hacerle mis observaciones, no obstante que cumpliera sus órdenes todas. Me prometia ir arrancando poco á poco concesiones, para conseguir mi independencia y ponerme á su igual, contando al efecto con mis rápidos progresos en el método de vida que tan minuciosamente me prescribía.

Buenos eran mis pensamientos; pero al ponerlos en ejecucion, tropezaba con la superioridad dominante de su carácter.

Debo decir que en defecto de Rico y doña Lorenza, mis primeros enemigos, desarmados ya, se presentó otro en la palestra, lo cual contribuyó á agriar un poco mis dulzuras. Era este el comandante Recio, que empezaba, contra su costumbre anterior, á frecuentar la casa. Estorbo grande á mi felicidad, puesto que por su carácter no era hombre fácil de manejar. Tanto iba frecuentando la casa, y tantos fueron mis recelos, que me resolví á profundizar aquel parentesco con Teodorinda, decidido á remover este obstáculo. Ya habia hecho varias indicaciones, que Teodorinda fácilmente eludía, á pesar de mi inquietud, porque observaba que el primo Recio me ponía peor gesto cada vez. Un día salí de casa, resuelto á proyectar con Teodorinda nuevamente esta cuestion y á no ceder un punto. Para mas obligarla llevaba escritos unos versos, pues habíala oído que era apasionada por la poesia. Era mi composicion una *Balada* sobre el objeto de que pensaba tratar; y aunque jamás habia escrito un verso, pude conseguir mi empeño, gracias á una meditacion de dos días y á una noche de vigilia.

Afanado y contento iba á su casa pensando durante el camino cuánto efecto habia de causarle mi sorpresa poética, y cómo á su favor habia de recabar de Teodorinda, que ya que no despidiera á Recio, hiciera en lo sucesivo lo contrario de lo que hasta entonces habia hecho; es decir, que procurara darse á ver á él lo menos posible, en lugar de no consentir mi visita cuando por casualidad estaban juntos. Habíamelo ella prevenido así, so pretexto de no inspirar sospechas de nuestro amor á la familia, para lo cual aconsejábame el alejamiento siempre que con Recio la encontrara. Yo creía además, que reforzado mi argumento con la sentida composicion que era mi gran recurso, no podria Teodorinda menos de sucumbir. Si nada bastaba, iba decidido á sostener mis derechos con teson. Es decir, que para mayor mal, estaba ya furiosamente celoso.

En tales ideas envuelto, y con la zozobra del general que

va á dar una batalla, llegué á su casa murmurando mis versos, que yo, sin serlo, pero á imitacion de todos los poetas chicos y grandes, juzgaba muy buenos.

Felizmente por entrar encontré á Teodorinda sola.

CAPITULO XIV.

DE CÓMO UNOS VERSOS TIERNOS PUEDEN HACER DE SU AUTOR HÉROE DE UNA ESCENA TRÁGICA.

Apenas la hube saludado, la hablé de mi asunto. Empiezo un grave exordio, hago una brillante peroracion, é iba entusiasmado ya á encajar un epílogo conciso y enérgico: «Patente es, oh Teodorinda, iba diciendo, la razon de mis agravios, y justificada en consecuencia la reclamacion de mis derechos, de mis amorosas prerogativas... cuando me interrumpió dejándome helado.

—¿Por qué no fuma Vd. hoy, don Antonio? Voy á traer la pipa.

Conviene advertir, que en vista de la belleza de este instrumento y de mi hermosa figura sin duda al usarle, habia decidido Teodorinda quedarse con él, de modo que yo tenia que fumar en pipa cuando iba á verla.

—Permitame Vd., contesté yo; no fumaré hasta haber concluido el asunto de que me ocupaba. Quisiera además que oyese Vd. unos versitos que he compuesto sobre lo mismo.

—Sí, sí, replicó ligera. Los versos! los versos! Ya sabe Vd. que soy aficionadísima.

Saqué mi papellito de color, desdobléle lentamente, y con reposada voz y acento cadencioso empecé á leer:

BALADA.

«A la marquesita de Rompelanzas.

»Su mas humildemente rendido amante,

»EL AUTOR.

«¿Qué tienes bello pastor
»que tan dolorido miras
»á tu Filis y suspiras
»cuando ella te jura amor?

«¿Por qué solitario y triste
»si te llaman no respondes?
»¿Por qué en el bosque te escondes
»si en el prado á Filis viste?

«¿Por qué si el zagal Marcelo
»á tu Filis versos canta
»tanto aquella voz te espanta,
»tan triste miras al cielo?

Esta era mi composicion. Concluí de leerla con afectacion, y me la pidió Teodorinda. —El bello pastor soy yo, Vd. es Filis, y Recio es Marcelo, dije.

—Démela V., contestó, que quiero leerla.

Y lo hizo por dos veces. Creia yo que le entusiasmaba, y para aumentar mi mérito:

—Es la primera vez que hago versos, añadí con fingida modestia.

—Ya se conoce, replicó ella con la mayor frescura, porque estan bastante mal. Este juicio se hizo á mis barbas por aquella persona en mi primera composicion, á ella dedicada, y con tanto trabajo hecha. Este juicio... cuando esperaba yo un elogio! No podia darse franqueza mas ruda.

Me quedé sin aliento con la leccion; pero un poco repuesto volví á insistir en clara y enérgica prosa sobre mis exclamaciones. La cuestion se iba acalorando. Teodorinda estaba sorprendida de tan inusitada resistencia.

—Antonio!! me dijo con imperioso acento.

—Teodorinda!! contesté con voz firme.

Así estábamos, furiosa ella, y yo resuelto, cuando se presentó Recio.

Me dirigió una mirada de tigre: pero otra de Teodorinda contuvo las expresiones que sin duda iban á salir de su boca.

Yo queria marchar, no tanto por miedo á aquel hombre, cuanto porque estaba afectado de la anterior escena.

Felizmente entró doña Lorenza, y despues de un momento me fuí.

Empezaba á hacer aguas la barquilla de mi amor, y francamente, aquel día lo pasé tristemente, temiendo un naufragio.

Pesábame por una parte haber incomodado á Teodorinda: los celos por otra me decían que estaba en mi derecho; y la razon me aconsejaba no rebajar mi dignidad yendo humilde á pedir perdones á una persona de quien tantas quejas tenia. Prevaleció la razon contra mi costumbre y la de todos los enamorados, y resolví, al menos por entonces, no ir á casa de Teodorinda, limitándome á verla en la del conde del Haya, y proceder según su aspecto.

Tal era mi penosa resolucion, cuando recibí una esquelita que dió al traste con toda mi dignidad, con gran placer de mi turbio corazon. Era de Teodorinda, y decia así:

«Supongo, Antonio, que se habrá arrepentido á esta hora de su resistencia. Por mi parte le perdono y olvido la desagradable ocurrencia de esta mañana. Participo á V. que esta noche hay reunion extraordinaria en casa del conde del Haya. No venga V. á buscarme porque iré con una amiga. Hasta la noche.»

Con la lectura de esta carta volví á quedar arrebatado de amor, y hasta olvidé mis celos, haciendo además firme propósito de pedir mil perdones á Teodorinda en casa del conde del Haya, reservando para cuando estuviésemos solos el arrojarle á sus plantas.

Mecido en doradas ilusiones entré en casa del conde aquella noche; pero tuve, por entrar, el disgusto de no hallar á Teodorinda: disgusto que se aumentó, porque vi á Recio. Me consolé pensando que aquella vendria; y advirtiendo en este cierta sonrisa al mirarme y saludarme muy fino, —Vaya! me dije, ¡y tenia por enemigo á Recio, hombre amable y primo carnal de Teodorinda!

La reunion aquella noche estaba mas que nunca brillante: pero no me divertía yo, esperando como esperaba á Teodorinda que no acababa de llegar, y que al fin no vino. Luego se conocerá la causa.

Se bailó; tocáronse piezas escogidas; hubo sus gorgeos correspondientes, todo revuelto; y se concluyó por leer algunas composiciones *ad hoc* de escogidos poetas.

Avergoncéme, al escucharles, de mi locura en haberme metido á versificar, y justifiqué tambien el severo juicio de Teodorinda, haciendo *in pectore* renuncia formal á viajar otra vez por el Pindo.

Habíanse leído tres composiciones, escuchadas con religioso silencio, y estrepitosamente aplaudidas: la última sobre todo, que fué repetida.

Leida la segunda vez, y mal apagado aun el murmullo de los aplausos y admiracion, siento la voz de Recio, que dominando aquel ruido sordo, y reclamando atencion:

—Señores, dijo, voy á leer tambien una composicion.

Miráronse en silencio todos, como sorprendidos de que Recio hiciese versos: idea que tambien cruzó por mi mente, pues ignoraba que fuese poeta. En todo caso dispúsemos á aplaudirle con la mejor intencion.

No es mia, continuó Recio: es *arrancada á la modestia* de un joven de mérito.

Una atencion mezclada de curiosidad se pintaba en todos los semblantes.

Desdobló Recio pausadamente su papel, y con gran prosopeya empezó:

BALADA.

A la marquesita de Rompe-Lanzas:

Su humildemente rendido amante, el autor.

Grandes emociones habia experimentado en mi vida, y durante mis amores sobre todo; pero como entonces... jamás.

Hubiera querido hundirme doscientas varas bajo la tierra, convertirme en silla; cualquiera cosa, por horrible que fuera, no me hubiera causado tan violenta impresion como aquella lectura.

Recio hizo una pausa, leida la dedicatoria, que produjo mal efecto, malísimo, para su autor en la reunion.

Una idea veloz como un relámpago cruzó mi imaginacion. ¡Si á pesar de esa dedicatoria no serán mis versos! ¿Qué tendria de extraño que otro hubiera tenido mi pensamiento, y mas tratándose de tan bella señorita? Engañosa esperanza!

Recio continuó:

Qué tienes, bello pastor, etc., etc.

Leida la primera cuarteta, empezó un cuchicheo y un lenguaje ocular entre la reunion, que acabó de trastornarme.

Recio hizo otra pausa.

A la segunda cuarteta el auditorio empezaba á demostrar su desaprobacion con un murmullo creciente y alguna fugaz sonrisa.

Yo estaba temblando como el que tiene el frio de terciaria. Para mayor desconsuelo, el caballero mas próximo á mí se acercó mas, diciéndome á media voz:

—No le parece á V., caballero, que esa composicion tiene mas trazas de un *balido* que de balada?

—Sí señor, sí señor: contesté yo maquinalmente. Es un balido; pero el que la lee es un toro!

—Oh! Recio, contestó mi interlocutor, es un calavera. En fin, ya ve V. para entretenernos de ese modo con tal paparrucha, si se necesitará desearo? Pues deje V. que acabe, que algo dirá de su cosecha.

Recio leyó la última cuarteta.

Los ojos, las lenguas y los labios del público pusieron en continuo movimiento, y mal comprimidas risotadas anunciaban una explosion.

Efectivamente, viendo Recio tan bien dispuestos los ánimos, arrojó la chispa incendiaria, preguntando con gran sorna despues de otra silenciosa pausa:

—¿Qué tal? eh?... Les gusta á Vds.?

Una carcajada unánime respondió á la provocativa pregunta.

—No se lo dije á V.? me añadió el vecino.

Todo era confusion, risotadas y barullo.

—Que quiere hablar Recio, señores! dijo uno. Silencio!

(Se continuará.)

FOTOGRAFIA.

De unos dos años á esta parte ha hecho la fotografia en Francia, Inglaterra y Alemania, no menos que en Bélgica, progresos verdaderamente admirables, y prestado en diferentes ramos del arte y ciencia considerables servicios, particularmente para conseguir copias de monumentos notables, vistas de paisajes, poblaciones, etc., etc., producciones que antes no se lograban sino con grandes dispendios de tiempo y recursos. ¿Y puede acaso haber un dibujo mas exacto que el producido por el efecto fotográfico que viene á fijar sobre la plancha el punto mas diminuto del original? ¿Quién podrá coleccionar de antemano los ultimos resultados de este arte, su utilidad aun para los ramos manufactureros, siendo así que ya ahora es explotado para las impresiones en las telas de algodón como son percales, muselinas, etc.? ¿Quién es capaz en fin de decirnos qué grado de desarrollo y de perfeccion alcanzará aun el precioso arte de la fotografia? Con la constancia se han ido superando obstáculos que no hace aun medio año parecían insuperables; prueba de ello una vista de la parte de la catedral de Colonia, tomada fotográficamente por Miechels, miembro de la Academia de artes de Bruegge, que trasladada al papel, nada deja que desear respecto á la extraordinaria precision y limpieza, sin necesidad de retoque alguno, siendo los tonos de sépia sumamente suaves, y al propio tiempo bien aplicados. Esta produccion fué premiada con la medalla de honor por la sociedad que hay en Bruselas para el fomento de este arte, y bien puede decirse que, juntamente otra tomada á vista de pájaro de la plaza principal de Bruegge, es de lo mas precioso que hasta ahora se puede haber visto y admirado en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania en fotografias. Mas notable aun que estas fotografias, son empero las copias de los antiguos y nuevos cristales pintados de la catedral de Colonia, fotográficamente sacadas por el mismo artista, trabajo que pone de manifiesto lo bien que va venciendo Miechels todos los obstáculos que se habian opuesto á esta clase de producciones. Este mismo aventajado fotógrafo se ocupa al presente con un album fotográfico que comprenderá

Los mas interesantes monumentos arquitectónicos é históricos, las mas notables obras plásticas de los tiempos antiguos y modernos, como asimismo los cuadros mas sobresalientes de todas las escuelas, vistas principales del Rhin, etc., etc. Lo publicado hasta ahora por el señor Miechiels, sobre todo en la parte de paisajes, aventaja mucho respecto á eleccion del punto de vista pintoresco, claro y oscuro, proporciones, etc., á cuantos conocemos hasta el presente en fotografías, y debemos esperar, si cabe, resultados aun mas brillantes.

El banco de Londres ha hecho hace poco el desagradable descubrimiento de que sus billetes habian sido falsificados por procedimiento fotográfico y de una manera tan acabada, que los dependientes mas prácticos de dicho establecimiento no han podido distinguir los legítimos de los falsos. Felizmente no echa de menos el arte los elementos necesarios para precaverse contra tamaña falsificación.

LOS ARTISTAS.

SU EDUCACION.

Si la pintura ha de ser, como creemos debe serlo, la expresión del sentimiento de lo bello, no es bastante para la educación artística las academias ni el estudio de los grandes maestros. Este sentimiento no es ni puede ser el principio absoluto de imitación, medio que creían los antiguos bastaba para el arte. No consiste tampoco en el dibujo correcto ni en el colorido absoluto, porque nunca los extremos pueden dar un buen resultado. De aquí el que no demos tanta importancia como generalmente se da á las academias; mucho menos á las nuestras. Efectivamente, en un país en que los modelos del natural abundan tan poco, y en que es muy difícil poder presentar á los ojos de los jóvenes que concurren á los estudios un tipo perfecto, las academias no han de ser la única y esclusiva clase de educación que reciban. Habitados á no copiar en nuestra academia mas que tres modelos siempre, el artista se acostumbra á notar las formas mas marcadas del modelo, y es lo que generalmente reproduce. Siempre bajo la autoridad del mismo maestro, ó el pintor se adhiere á su estilo y manera, lo cual puede serle perjudicial porque generalmente se imita exagerando; ó de modo de ver enteramente opuesto al suyo, el artista desconfía y no cree en el principio de autoridad tan necesario en toda clase de enseñanza: no pretendemos con esto que el gobierno nombre varios profesores: lejos de nosotros esta idea, puesto que la reunion de varios maestros elevaria la confusion siendo de distintas escuelas, ó el amaneramiento si todos profesaran la misma; es probar que el sistema único y exclusivo de la academia no basta para producir grandes artistas. En vano se me dirá que ha habido pintores que no han tenido esos grandes estudios que deseamos, y que sin embargo han adquirido una gloria imperecedera; á esto podríamos contestar que Giotto, á quien podría hacerse referencia, una vez en el estudio de su maestro se dedicó á la filosofía, á la historia; y que los grandes artistas que han comprendido el objeto de su noble profesion no han podido nunca creer que el estudio era innecesario para su fin: si no, ved sus obras y contestad.

Un vasto conocimiento de la historia del arte que profesan es indispensable al artista: en ella puede ver los adelantos que ha llevado su arte, las vicisitudes que ha pasado, y el cómo de Cimabué se ha ido perfeccionando y purificando hasta llegar en dibujo y expresión á Rafael y en colorido á la escuela de Venecia. Este estudio profundo y bien hecho les enseñará que la imitación no es el único objeto del arte, y que los grandes pintores merecen ese nombre, porque lejos de sujetarse á lo que aprendieron de sus maestros como término de su mision, expresaron cada cual á su manera lo que sentían, lo que veían con los ojos del alma, digámoslo así, y avanzaron un gran paso en el arte; si el arte se hubiera limitado á copiar, estaríamos aun en tiempos de Cimabué. La historia, la gran maestra de las naciones y de los hombres, es necesaria al artista; no la historia compendiada, sino la fiel reseña de todas las vicisitudes por que ha pasado la humanidad, sabiendo notar el carácter de cada época para poder expresarlo al trasladar una acción al lienzo; en el estado de progreso y de civilización en que nos hallamos, los anacronismos le estan prohibidos al artista, y el carácter de lo representado debe marcarse hasta en los mas mínimos detalles.

La literatura es necesaria, indispensable al pintor; las obras maestras del genio son todas hermanas; y el artista que no comprenda las bellezas de la lira de Homero y del Dante, de Milton y de Goethe, puede abandonar los pinceles; el sentimiento de lo bello, de lo sublime, va unido al genio, y lo mismo hace sentir la *Iliada* y la *Divina comedia* que el *Juicio final* de Miguel Angel; lo mismo debe admirarse el *Paraiso perdido*, que el *Pasmo de Sicilia* de Rafael. Hay en literatura tanto donde encontrará inspiraciones el pintor!... Se hermanan tan bien las obras del ingenio humano! Cada uno segun su modo de ver encontrará cosas tan admirables, que no concebimos cómo el verdadero artista no estudia con ahinco la literatura.

Pero lo que sobre todo encargamos al artista, lo que creemos que no puede dejar de estudiar, es la naturaleza; las mas pequeñas escenas conmueven, y hay tanta filosofía en un asunto natural y sencillo; pero verdadero, como en uno elevado y sublime. Una figura sola puede hablar al alma; un paisaje puede hacer pensar; una escena buscada hasta en los mismos animales de la creación puede abrirnos un mundo de ideas y de sentimientos: la naturaleza enseña la forma correcta, libre y natural, el colorido verdadero, la armonía universal generalmente muy descuidada, el agrupamiento de las composiciones y la filosofía del asunto. No está la filosofía solamente en lo grande: en lo mas pequeño la hay; y una lágrima, por pequeña que sea, es bastante grande para reflejar el cielo. El estudio de la naturaleza bien profundo y bien sentido hará al artista comprender á los grandes maestros, podrá establecer su comparación entre lo que él siente y lo que ellos son; notará sus defectos y cualidades; podrá dejar unos y estudiar las otras, y con ese estudio mudo á su manera de ver formará su verdadera teoría: así adelantan las artes; así el artista es original y grande.

Las pensiones á Roma y á París seran una continuación de este método, no un estudio único y exclusivo de lo que allí vean para tomar un estilo ó un modo de hacer: por eso creemos, como otros muchos, que el objeto de las pensiones no se ha compren-

didado: se puede ser un gran maestro sin ir á Roma, y D. Diego Velazquez, que no estuvo hasta después de ser un maestro, no ha necesitado para nada ese viaje, ni en él ha cambiado su estilo. Admitido como único y exclusivo modo de perfeccionamiento, es erróneo; como complemento de una educación de observación y de estudio, es como debe mirarse. Acostúmbrese pues el artista á ver con profundidad los modelos; no haga caso de la crítica parcial y sistemática de escuela que forma escala de pintores, proscribiendo Rubens y Velazquez á Rafael, ó excluyendo del número de los genios á este porque no es como Miguel Angel y el Ticiano: juzgue con fria razon y sana crítica, y su estudio no será vano; cuando haya adquirido el modo de ver verdadero, viaje, vaya á estudiar á los diferentes países las escuelas de Albert Dureró y de Hemling, las de Rafael y Miguel Angel, las de Tintoretto y Ticiano, las de Vandick y Rubens, las de Velazquez y Rivera, Lessueur y Poussin, Yugres y Paul Delaroché, Delacroix y Diaz, Peverbeck y Bendoman, y su viaje no será inútil. Pero para juzgar á estos grandes astros, para comprender á estos genios, hace falta estudio, ciencia, profundidad: adquiérala el artista, y habrá dado el verdadero paso en el arte de la pintura.

A. B.

LA SERVIA Y EL PRINCIPE MILOSCH.

Los serbios son de raza esclavona, pueblo poético y belicoso, de imaginación rápida como el vuelo del águila, de brazo fuerte y terrible como la rabia del jabalí. Establecieron hácia el siglo VII en la parte de Irlit conocida por el nombre de Mesia. Jamás deponían sus armas los serbios, á fin de dejar á sus hijos la mas preciosa herencia de sus abuelos, la independencia de la patria. Sus cánticos eran siempre guerreros, y luchaban contra numerosos enemigos. Batiéronse con húngaros y venecianos, con los soldados de los emperadores de Bizancio, y salieron airoso de sus contiendas. Pero sus jefes y hombres fuertes perecieron; y á pesar de la intrepidez de sus habitantes, fue presa la Servia del hijo del profeta, del orgulloso y fanático Islamita. Tributo pagó al Sultan, y servidumbre á sus bajás; inclinó su frente ante el genizaro y el espay; y la nación, que libre respirara por largos siglos, se hundió en la esclavitud.

Sufrían tamaña humillación los serbios; pero cobijaban la venganza en su corazón. La Turquía estaba en las ciudades, la Servia en los campos. En Belgrado, Kragaiovatz, Posarevatz y Schavatz mandaba el bajá cortar cabezas, y robaba las doncellas para poblar sus harems. Pero en los pueblos y aldeas observaban sus habitantes con religioso respeto los usos, costumbres y hasta las supersticiones de sus abuelos: el fuego pátrio fermentaba en el alma de sus hijos, y solo esperaba un soplo para estallar. Desarrollóse este espíritu de nacionalidad hácia fines del siglo XVIII; y su expresión fué al principio semejante á las escasas estrellas que aparecen en el seno de la noche, que aunque reinen las tinieblas, dejan ver su claridad.

Sonrióse la esperanza durante la guerra de los austro-rusos con Turquía. Saludóse como ejército nacional el regimiento austriaco compuesto de serbios de Hungría; pero el tratado de Sistova, firmado en 1791, aniquiló este vislumbre de esperanza; y por premio á sus esfuerzos hubieron de contentarse los serbios con una amnistía. No duró mucho sin embargo tan humillante situación: así como al quebrarse los hielos en un río, contiénelos algun tiempo el dique, hasta que á fuerza de choques se amontonan y destruyen cuantos obstáculos por delante encuentran.

La circunstancia que mas favorable pareció á los serbios para tremolar el pendón de independencia, fué cuando las disensiones entre el bajá y los genizaros de Belgrado. En 1801 Czerni-Jorge, Janko Kalitz y Vasil Tcharapitsch llamaron al combate á sus conciudadanos, y se convirtieron al punto en campo de batalla las poblaciones, los dientes de los rastrillos en lanzas, y en espadas las rejas de los arados. El pastor abandona su ganado, el pescador sus redes, el mozo su querida, y todos á la vez se levantan contra el turco. El alma de la insurrección era Czerni-Jorge, hombre salvaje, pero valiente y de energía, que en su vida vandálica con los heidukos contrajo sus hábitos de indómita ferocidad, y su odio implacable á Turquía.

Prueba de su crueldad y barbarie son algunos rasgos de su vida. No pudiéndole seguir un día su anciano padre, y viendo que iba á ser presa del enemigo, preparó el arcabuz, y arrojándosele le dijo: «Padre mio, dame tu bendición! Llegó tu hora. Mientras alcance Jorge á manejar un fusil, no será su padre esclavo del musulman.» Bendíjole el anciano, y cayó luego bañado en su sangre. Algunos instantes después llegaron los espays y solo hallaron un cadáver.

Otra vez hizo prender á su hermano, acusado de haber violado á una servia, y le fusiló á la puerta misma de la casa en que habia cometido el crimen.

Con su propia mano quitó un día la vida á Teodory, su bienhechor, porque estorbaba sus designios, oponiéndose á su voluntad.

La batalla de Schabatz fué la que mas le cubrió de gloria, y por ella Servia, en 1806, pudo considerarse como libre é independiente.

Pero después del tratado de Bucharest envió la Turquía todas sus fuerzas contra los serbios. Jorge opuso treinta mil soldados á la nueva invasión, y en un momento fueron batidos. El intrépido heiduk no era ya el antiguo guerrero, y buscó huyendo un asilo en Austria. Los otomanos echaron otra vez la cuerda de la esclavitud en la cerviz de los serbios, y entonces por fin apareció un hombre que concibiera la firme resolución de hacer independiente á su patria: este hombre era Milosch Obornovitch.

Nacido en 1780 en el distrito de Roudineli, pertenecía á una familia acomodada, aunque no rica; y su clase era de aquellas del pueblo que tan fecundas salen de patriotas llenos de prudencia y energía. Solo entre estas clases puede ya encontrarse el hombre que necesitan las naciones en circunstancias críticas, porque hoy día la aristocracia no lo puede ya dar.

Entregado Milosch en su juventud al comercio de ganadería, recorrió la Hungría, Valaquia y Moldavia con su hermano Milan. En sus viajes estudiaba la fisonomía de los pueblos y de sus gobernantes; prestaba atención á las conversaciones; reflexionaba, enriquecía su espíritu con la lectura viva del hombre, con el animado cuadro que á sus ojos se ofrecía. La gloria de

los franceses resonaba en sus oídos, y fué abundante cosecha para su juvenil imaginación. El vaquero entonaba á su lado los antiguos himnos de guerra de sus padres, que alimentándole de tradiciones históricas, despertaron en Milosch el germen de la libertad de Servia.

Su vida política empieza en 1804. Al llamamiento de Czerni-Jorge, abandonó sus hogares y corrió á batirse: su valor era tan sin igual, que asombrado el salvaje Heiduc, le nombró *vaivoda* (general), y desde entonces, aunque joven, tuvo asiento en el Consejo de la Patria, y mandó en sus tropas.

Al refugiarse Jorge y otros jefes en Austria, solo Milosch se atrevió á quedarse en el país. Errante por el mundo, no podía libertar á sus hermanos: la independencia debía resucitar en el suelo paterno en que acababa de perecer. Desde entonces Milosch fué el hombre de Servia.

En los primeros momentos, obrando la Puerta Otomana bajo la influencia de la Rusia, trató á los serbios con humanidad; y como dándole todo al olvido, nombró el Sultan al mismo Milosch Obornovitch, *archi principe* de Roudnik, á pesar de haber sido uno de los jefes de la insurrección. Pero pasaron estos días de reconciliación de un soberano ofendido con sus súbditos, y otra opresión mas terrible empezó á pesar sobre los serbios; el mismo Milosch tenia que inclinarse ante un simple genizaro.

Maduro ya el espíritu de insurrección, arrojó Milosch su máscara, porque estaba ya cansado de disimular. El domingo de Ramos del año de 1815 se presentó delante de la iglesia del pueblo de Takova, y con el estandarte sérvio en su diestra dijo solamente: «Aquí traigo la guerra contra el turco.» Así como yerba secada por el sol de agosto se inflama con rapidez, así tambien llenó de fuego el alma de los serbios este elocuente llamamiento; y corriendo todos á las armas, cubriéronse en un instante las montañas de Roudnik de valientes guerreros tan numerosos como los árboles de sus bosques.

Fuerzas imponentes enviaron los turcos; pero se habia acabado el tiempo de sus victorias, y el de humillación para Servia. La cabeza y brazo de Milosch guiaban la nación, y la nación seguía dócil sus órdenes. Unidad en los planes, unidad en la acción, este es el secreto de grandes resultados; porque la voluntad de un hombre firme es lo que forma la unidad perfecta. Los osmanlis huían ante los serbios, como el polvo arrojado por el viento, y pronto estuvo Servia libre de ellos. Intervino el emperador Alejandro para que cesasen las hostilidades, y la Puerta propuso la paz. Aceptó Milosch como vencedor, y sin que el pueblo dejase las armas, que son el mejor argumento en semejantes negociaciones, la independencia de Servia se firmó en Ackerman en 1827.

Entonces los hospodares, jueces, clero y notables de la nación, se reunieron en Kragaiovatz, y proclamaron á Milosch Obornovitch príncipe hereditario de Servia. El sultan por su lado dió en 22 de noviembre de 1830 un *hatty scheryff*, reconociendo su nacionalidad é independencia, bajo la inspección tutelar de un Bajá.

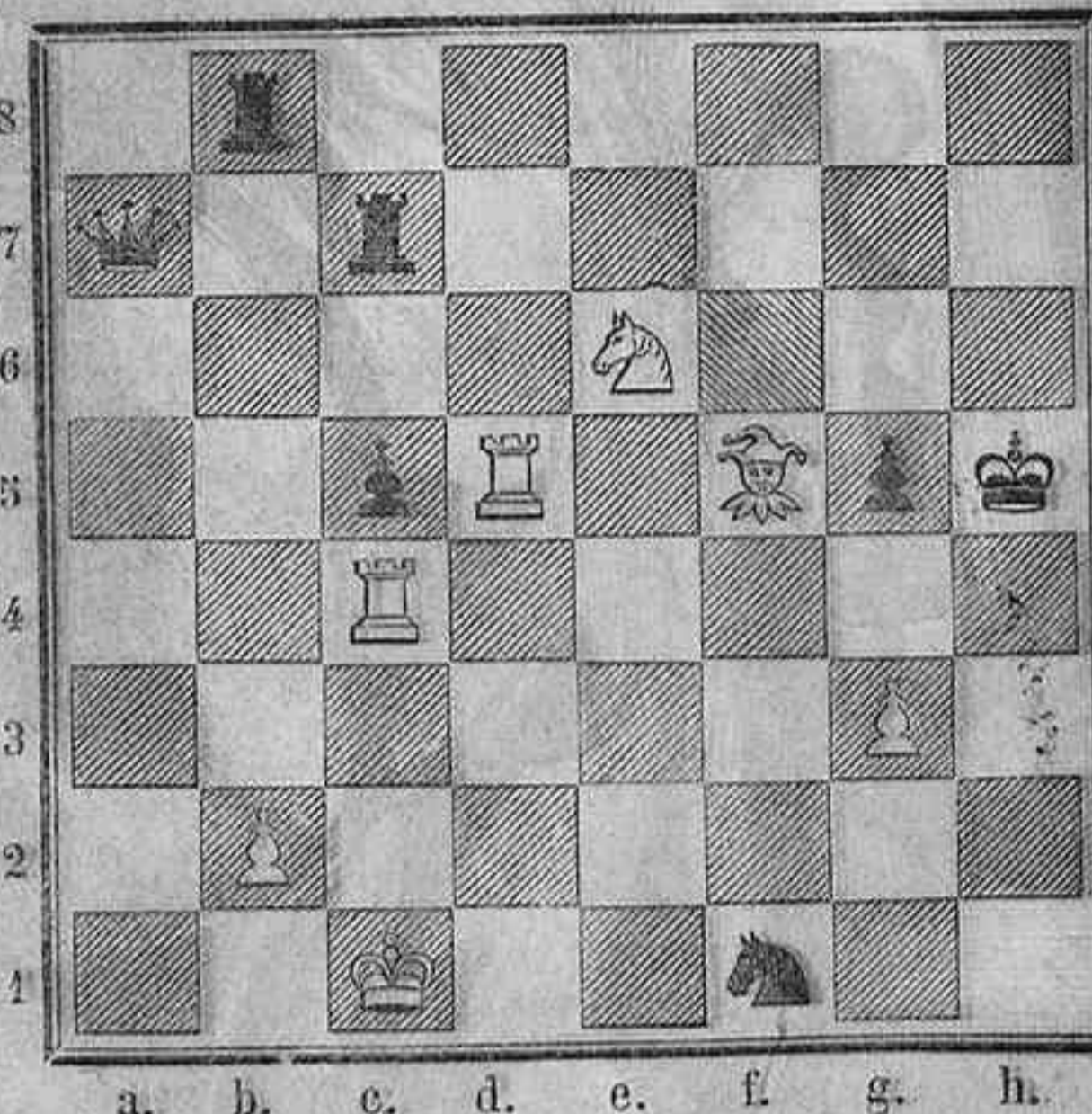
Servia paga hoy día un tributo anual á la Puerta de un millón trescientos mil pesos fuertes. Una dieta nacional organiza su administración: da tambien á Turquía un contingente de 12,000 hombres, y el príncipe regente tiene su embajador en Constantinopla. Tal es la existencia política de Servia. Este pueblo de un millón de almas ha tomado rango en Europa; mientras que otros pueblos mas numerosos quedan rayados de la lista de las naciones.

Asegurada su existencia política, pensó Milosch en mejorar interiormente su patria. Sus lugar-tenientes y los nuevos cortesanos imaginaban que el Príncipe crearia una aristocracia sin la cual decían que no se podía reinar, y que les cederia los bienes quitados á los turcos; pero Milosch convocó una asamblea general en 1834, y anunció que no permitiría nunca que en la nación servia se estableciese la aristocracia ni la feudalidad: esta solemne declaración ligó mas al pueblo con su príncipe.

PROBLEMA DE AJEDREZ NÚM. 2.

Los blancos empiezan á jugar y dan jaque-mate á la quinta jugada.

BLANCOS.



NEGROS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 1.

BLANCOS.

- 1. T. f. 5 — d. 3 (jaque).
- 2. R. h. 8 — h. 1 (jaque).
- 3. C. d. 2 — e. 4.
- 4. A. d. 7 — e. 6 jaque mate.

NEGROS.

- 1. P. e. 3. toma la torre.
- 2. T. a. 1. toma la reina.
- 3. el rey toma el caballo.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



La adoracion de los Reyes.